

TERENCIO: HEAUTONTIMORUMENOS

(El atormentador de sí mismo)

Introducción, versión y notas
de **José Juan Del Col**

NOTA BENE

En atención a los lectores que ignoren el latín, traducimos la palabras o frases de ese idioma que se citen en el presente trabajo. Por el mismo motivo, en relación con la ortografía española, atildamos las palabras latinas esdrújulas, pero no las graves o llanas terminadas en consonante, advirtiendo que en estas el acento prosódico cae en la penúltima sílaba; advertimos además que no hay palabras latinas agudas.

INTRODUCCIÓN

Título

Heautontimorúmenos es palabra griega compuesta de *heautón* y *timorúmenos*. Significa “el que se castiga a sí mismo”.

Hay quienes prefieren usar el título en su traducción: “El verdugo de sí mismo” (Pedro Voltes Bou), “El botxí de si mateix” (Joan Coromines), “The self-tormentor” (Betty Radice, John Sargeant, George E. Duckworth), “II punitore di se stesso” (Azelia Arici), “II condannato volontario” (Alessandro Ronconi)...

Otros (Lisardo Rubio, J. Marouzeau, Emile Chambry...) prefieren guardar el título original, como lo hacían regularmente los autores latinos de la *fábula palliata*.

Otros, en fin, usan el título original con su traducción entre paréntesis, o viceversa, traducción y título original. Por ej., Pedro Simón Abril: *Heautontimorúmenos* (El atormentador de sí mismo); Giovanni La Magna: *II punitore di sé stesso (Heautontimorúmenos)*...

También se da el caso de que un mismo autor opte alguna vez por una modalidad y otra vez, por otra.

Algunos autores cuestionan el título, porque de suyo conviene solo a la mitad del argumento (Venediger); es ajeno al verdadero argumento de la pieza (Herrmanowski); se refiere a Menedemo, cuando el protagonista es Cremes (Nencini). Pero los poetas antiguos no se creían obligados a emplear un título que abarcara todo el contenido de su obra. Lo mismo ocurre en *La Andria*, donde Glicera no es la protagonista, pero todo gira alrededor de ella¹.

Tipo de comedia

El *Heautontimorúmenos* es una *fábula palliata*, es decir, una comedia de ambiente griego. Deriva de la homónima pieza de Menandro (¿342?-292 a. de J. C.).

Es una comedia preferentemente *statária*, esto es, sosegada, de poca acción y movimiento. Terencio mismo en el Prólogo la califica *statária* (v. 36) y afirma que en ella hay “puro diálogo” (v. 45: *In hac est pura oratio*).

El mérito de las *fabulae statariae* consistía en la fina caracterización de los personajes a través del diálogo. En el *Heautontimorúmenos* se destaca justamente un “esmeradísimo estudio de los caracteres de los personajes”, como puntualiza, por ej., La Magna.

En general, las comedias de Terencio no son ni exclusivamente *statariae* ni exclusivamente *motórriae*, o de acción y animación. En el *Heautontimorúmenos* es neto el predominio de la *fábula statária*².

En cuanto a la acción de la pieza, cabe indicar una particularidad: entre el acto segundo y el tercero transcurre una noche; se ha de suponer, pues, un entreacto. La escena queda otra vez vacía, siendo necesario un entreacto, entre el acto cuarto y el quinto³.

Cuestión cronológica

Entre los estudiosos, no hay acuerdo acerca de la ubicación que el *Heautontimorúmenos* ocupa en la lista de las comedias de Terencio. Para algunos es la segunda, para otros la tercera, para otros la cuarta y para otros la quinta⁴.

¹ Cf Rubio, II, p. 23 - 24.

² Cf La Magna 1950, p. 7 - 8.

³ Cf Marouzeau, II, p. 13.

⁴ Cf Chambry, II, p. 17.

Tradicionalmente, los manuales de literatura y editores de Terencio la ubican tercera y señalan el 163 a. de J. C. como año de su primera representación. El cúmulo de nombres de cónsules que figuran en las didascalias (o noticias históricas) de las piezas terencianas, autorizaría a suponer, como observa Marouzeau, otra representación posterior, en el año 146 a. de J. C.⁵

Que el *Heautontimorúmenos* sea la tercera obra de Terencio, se basa en la “cronología consular”, es decir, en los consulados que constan en las didascalias. También se lo considera tercero en base a la “cronología ordinal”, o sea, sobre la base del orden que las mismas didascalias le asignan: *Facta est tertia*, “es la tercera composición (del autor)”⁶.

Radice sostiene que todos los manuscritos catalogan tercero el *Heautontimorúmenos*⁷. Pero no es así. Algunos lo ubican segundo. Es tercero según el código *Bembinus*, que sigue la numeración “ordinal” de las comedias, y según el grupo “gamma” de la recensión caliopea. Pero el grupo “delta” de la misma recensión se atiene al orden alfabético, y entonces el *Heautontimorúmenos* viene a ser la quinta obra de Terencio.

Quinta viene a ser también, conforme a la “cronología de los prólogos”, esto es, conforme a los datos consignados en los prólogos, no ya en las didascalias. Esta es la innovadora teoría de Gestri.

Rubio, después de analizar detenidamente el asunto, juzga como más atendible la siguiente lista de las piezas de Terencio: *La andria* I (= primera representación), *Hécyra* I, II, III, *La andria* II, *Formión*, *El eunuco*, *Heautontimorúmenos*, *Adelphoe*. Luego, también para Rubio el *Heautontimorúmenos* es la quinta, o penúltima, obra de Terencio⁸.

¿Simple traducción u original adaptación del *Heautontimorúmenos* de Menandro?

Para responder adecuadamente a esta cuestión, carecemos del comentario de Donato, que es la mejor fuente de información acerca del teatro terenciano. Solo contamos con el Prólogo de la pieza, que ha dado pie a comentarios dispares, cuando no encontrados.

Los versos 4-6 dicen: *Ex íntegra Graeca íntegram comóediam / hódie sum acturus Heautontimorúmenon, / duplex quae ex argumento facta est simplici*. Nuestra traducción es: “Voy a representar hoy el *Heautontimorúmenos*, comedia nueva sacada de una comedia griega aún no explotada, y que viene a ser una pieza de doble intriga construida sobre una textura simple”. Es una traducción interpretativa, pero sólidamente fundada.

En efecto, para el escoliasta del *Bembinus*, *íntegra Graeca* significa *a nullo translata* (no traducida por nadie), e *íntegram comóediam* significa *novam, in scaena nondum visam* (nueva, no vista todavía en la escena). Siendo así, el verso 6: *duplex quae ex argumento facta est simplici*, significa: “El original es de trama simple; la imitación o adaptación latina lo ha complicado produciendo una doble trama”.

Esta parece ser la interpretación correcta. Pero en tal caso, ¿hubo o no hubo “contaminación” (o refundición de dos comedias en una nueva)? Algunos, como Rotter, Herrmanowski y Skutsch, sostienen que hubo “contaminación”, al igual que en *La andria* y *El eunuco*⁹. Otros autores admiten el paso de argumento simple a doble por obra de Terencio, pero descartando la “contaminación”. Así, Madame Dacier traduce el verso 6 de esta manera: “El argumento es doble, por más que en el original no sea sino simple”, y añade esta explicación: “Terencio quiere decir que, no habiendo tomado de Menandro sino un argumento simple, un viejo, un joven enamorado, una señora, etc., él ha hecho un argumento doble colocando dos viejos, dos jóvenes enamorados, dos señoras, etc.” Pero dicha autora, apoyándose en el verso 4: *Ex íntegra Graeca íntegram comóediam*, piensa que Terencio no habría practicado aquí

⁵ Cf Marouzeau, II, p. 9.

⁶ Cf Rubio, I, p. XXXIII - XXXIV.

⁷ Cf Radice, p. 95.

⁸ Cf Rubio, I, p. XXXIII - XLII.

⁹ Cf Rubio, II, p. 15 - 17.

la “contaminación” que sus enemigos le habían reprochado a propósito de *La andria* y *El eunuco*, sino que habría sacado de su propio fondo al segundo viejo, al segundo enamorado, a la segunda señora, etc.¹⁰

Venediger opina que Terencio introdujo episodios y personajes ideados por él; e indica en particular a Clitifón y Baquis. Nencini habla de modificaciones e innovaciones en toda la estructura de la comedia.

Otros más, descartan la “contaminación” a la manera de la practicada en *La andria* o *El eunuco*. Koehler, por ej., escribe: “Terencio nos dice precisamente que su comedia no es contaminada, o que su *fábula duplex* deriva toda ella de una sola obra griega”.

Cuantos niegan la “contaminación”, advierten que *fábula duplex* no implica complicación de un arquetipo dado, sino que tiene doble intriga, o sea, que en ella se plantean dos cuestiones y se reparte el interés entre las dos¹¹. Semejante interpretación de *duplex* parece incuestionable.

Hay quienes han propuesto otras interpretaciones acerca del verso 6. Ya antiguamente el comentarista Eugrafio explicaba ese verso diciendo: *Dum et Latina éadem et Graeca est*, “porque es a la vez latina y griega”, o sea, se ha vuelto doble el argumento por el hecho de haber sido traducido al latín. Sinceramente, es, esta, una explicación peregrina. Sabe a perogrullada.

Según Chambry, la mayoría de los editores modernos declaran apócrifo el verso 6 y lo atribuyen a un gramático inhábil¹². No parece que tal sea la opinión de la mayoría de los editores modernos de Terencio, por lo menos después de 1948, año en que se imprimió la obra en dos tomos “Térence. Comédies” de Chambry. Cf, por ej., las ediciones de Sargeaunt, La Magna, Marouzeau, Rubio...

El códice *Bembinus* trae esta lección: *duplex...dúplici*. Lessing corrige: *simplex...símplici*. Ninguna de los dos lecciones ofrece un sentido plausible. Hay incluso quien supone que el verso 6 es auténtico, pero siempre que se admita que un copista negligente invirtió los adjetivos: *simplex quae ex argumento facta est dúplici*, “una comedia simple, que provino de un argumento doble”. Sería, este, un elogio del arte con que el poeta supo fundir la doble intriga y hacer concurrir a la acción a los dos grupos de personajes que se encuentran mezclados en ella¹³.

Hemos referido distintas interpretaciones del verso 6. Ninguna es contundente. “Las objeciones se presentan en tropel”, afirma Chambry con respecto a la teoría de la no “contaminación”. Y lo mismo se puede decir con respecto a la teoría contraria, la de la “contaminación”. La cuestión sigue y seguirá despistando a los estudiosos, puesto que no se dispone sino de fragmentos del modelo griego. Obviamente, es imposible la comparación, faltando uno de los términos de la misma. Seguiremos, pues, ignorando el valor de la comedia de Menandro, así como el grado de su influencia sobre la respectiva de Terencio, y consiguientemente seguiremos ignorando el valor poético propio y original de Terencio en su *Heautontimorúmenos*.

Apreciación del *Heautontimorúmenos* de Terencio

Ya que no se puede establecer una comparación entre la pieza latina y la griega del *Heautontimorúmenos*, es natural que se hayan formulado distintas apreciaciones sobre la una y la otra.

Los que sostienen que Terencio fue un “contaminador” o reorganizador del original, le achacan exclusivamente a él supuestas fallas de la pieza. Rotter, por ej., escribe: “Tenemos en esta comedia dos argumentos con poca cohesión e insuficientemente vinculados: uno consiste en la retirada del hijo del hogar paterno y su reconciliación...; el otro consiste en los amores de Clitifón y las ridículas astucias del esclavo Siro contra el necio Cremes”. Es una opinión que otros autores no comparten en absoluto;

¹⁰ Cf Chambry, II, p. 7 - 8.

¹¹ Cf Rubio, II, p. 17 -18.

¹² Cf Chambry, II, p. 9.

¹³ Cf *ib.*

afirman, por el contrario, que los dos argumentos tienen gran cohesión y están perfectamente vinculados en la obra.

Quienes no admiten en el *Heautontimorúmenos* de Terencio la contaminación o reorganización de los materiales, pero sí los supuestos defectos, los atribuyen al original griego, pero disculpan a Menandro, diciendo que fue obra de juventud.

El *Heautontimorúmenos* de Menandro es, en cambio, para otros estudiosos, una obra maestra, compuesta cuando el poeta llevaba veinte años escribiendo comedias¹⁴. Esta apreciación se sustenta en una apreciación ponderativa del *Heautontimorúmenos* terenciano. Así, George E. Duckworth afirma que el *Heautontimorúmenos* “marca un claro progreso en la habilidad de Terencio como dramaturgo”, y aduce la motivación siguiente: “De nuevo la intriga es doble, y los asuntos amorosos de los dos jóvenes, Clinia y Clitifón, están mucho más estrechamente entrelazados que los de Pánfilo y Carino en *La mujer de Andros*. La acción está basada, ya en la astucia ya en el reconocimiento, como en muchas comedias de Plauto, pero Terencio introduce una nueva característica, ubicando el reconocimiento en la mitad de la pieza y usándolo para complicar la situación más que para producir la solución acostumbrada»¹⁵.

Varios otros estudiosos coinciden en juzgar favorablemente el *Heautontimorúmenos* terenciano. Es el caso de Koehler, Coromines, Marouzeau, Rubio, La Magna... Koehler, por ej., ve en la pieza una caracterización perfecta de los personajes y una intriga conducida con la mayor habilidad¹⁶. Coromines no vacila en escribir: “La unidad de la acción es perfecta, el argumento es completo, simple y cabal”¹⁷.

Marouzeau es de parecer que el interés de la comedia está en el enredo mismo de la intriga y en el atractivo del diálogo, que es vivaz, rico en expresiones pintorescas, llevado con más inspiración, quizás, que en las demás comedias de Terencio. Marouzeau señala también, a favor del *Heautontimorúmenos*, la flexibilidad de los caracteres: así, Menedemo, primero rígido y avaro, se vuelve de repente complaciente y pródigo; Cremes, humano y afectuoso cuando se trata de penas ajenas, se torna violento e injusto cuando ve afectados sus propios intereses, etc. A juicio del mismo autor, el éxito de la comedia entre los modernos como entre los antiguos obedece principalmente a estos dos factores: 1) la personalidad de Menedemo, cuya actitud de atormentador de sí mismo se asemeja más al espíritu cristiano que a la moral pagana; 2) ciertas máximas humanas, tales como el *homo sum* de Cremes (v. 77), que nos elevan por encima del nivel de la comedia¹⁸.

Por la actitud fundamental de Menedemo, que dio origen al título de la pieza, esta ha sido definida por Augusto Serafini “la comedia del remordimiento de conciencia”. Menedemo exaspera al hijo con sus continuos reproches de amar a una joven honesta, pero pobre; el hijo, no aguantando más, se escapa de casa y va a enrolarse en Asia. Al enterarse de ello, el padre se desespera y resuelve castigarse: trabajando, ahorrando y haciendo adquisiciones en provecho del hijo. Cumple de veras el propósito: liquida vasijas y vestidos; vende en el mercado sirvientas y esclavos, salvo aquellos que con el trabajo del campo pudieran cubrir con facilidad sus gastos (acto I, escena I). Luego todo acaba bien: cuando el hijo regresa, se descubre que la muchacha amada es hija del amigo vecino, quien la había vendido hallándose en apuros. Y se celebran las bodas.

En cuanto a las máximas, la más famosa es, sin duda alguna, el verso 77: *Homo sum: humani nihil a me alienum puto*, “soy hombre; y por lo tanto, nada que sea humano me resulta extraño”. San Agustín atestigua que cuando en el teatro se oyó por primera vez este verso, el público prorrumpió en un gran aplauso; señal, esta, de consentimiento unánime. El verso, a la vez que refleja la *humánitas* o sentimientos humanos de los latinos, condensa también la *humánitas*, el alma y sentir humano de Terencio¹⁹.

¹⁴ Cf Rubio, II, p. 19 - 23 y 24 - 25.

¹⁵ Cf Duckworth, p. 195.

¹⁶ Cf Rubio, II, p. 25.

¹⁷ Cf Coromines - Coromines, I, p. 83.

¹⁸ Cf Marouzeau, II, p. 11 - 12.

¹⁹ Cf Serafini, p. 56-57.

Su *humánitas* es una elaboración romana -más franca y abierta, más comprensiva y solidaria- de la filantropía, o amor a la humanidad, de los griegos. De ahí la universalidad y la universal aceptación de la poesía de Terencio. En la Edad Media se le tributó un auténtico culto, y en la Edad Moderna es clara su influencia en el teatro ²⁰.

Otros valores de la comedia

- Las originales parejas de personajes. Hay dos padres (Menedemo y Cremes), dos jóvenes enamorados (Clinia y Clitifón), dos jóvenes mujeres (Antífila y Baquis), dos esclavos (Siro y Dromón). Pero jamás se trata de duplicados. Cada personaje es distinto, inconfundible. Terencio se revela un maestro en la pintura de cada uno. En esto, Terencio aventaja a Plauto, quien fija su atención en el tipo y no en el carácter del personaje. Terencio jamás se repite en sus personajes, porque los saca de la vida real, no de estereotipos, como diríamos ahora, es decir, de imágenes comúnmente aceptadas. Y en la vida real no se dan duplicados ²¹.

- Varios personajes agradables y ninguno repelente. Entre los agradables, Menedemo merece mención aparte. Es una de las figuras más simpáticas, como dice La Magna²². Coromines llega a decir: “Menedemo es una de las creaciones más conmovedoras de la Comedia Nueva” ²³. Clinia y Clitifón, a pesar de sus años mozos, no son irrespetuosos, impudentes, libertinos; tienen buen corazón, y si pecan, son capaces de arrepentimiento y recuperación. Antífila, que entra una sola vez en escena, es descrita como una niña honestísima, dulce, delicada. Dejamos de lado a los demás, para no extendernos excesivamente. Exceptuamos tan solo a Baquis, la meretriz, para observar que, no obstante su profesión, no aparece una mujer totalmente corrompida. Hablando en general, se puede decir con La Magna: “En el teatro terenciano no se encuentra un solo personaje que llegue a ser repugnante” ²⁴. El mismo autor ve en los personajes de Terencio sujetos “netamente humanos y sustancialmente buenos», que reflejan el “ánimo ingenuo y sereno” del poeta ²⁵.

- Decoro y urbanidad. Es otra nota distintiva de Terencio en el *Heautontimorúmenos* como en sus otras comedias. No hay nada grotesco, nada vulgar, nada procaz. Terencio se detiene incluso ante una palabrota. Así, en el acto quinto, escena cuarta, pone en labios de Cremes mientras este reconviene a Clitifón: “ponerme ante los ojos, valiéndote de tramoyas, a una ... Me da vergüenza soltar una palabra indecente estando tu madre presente” (versos 1041-1042). Por este recato está, por así decirlo, en las antípodas de Plauto. De Plauto se diferencia también, y notablemente, por no tener su *vis cómica*, su vivacidad y fantasía. Las de Terencio son comedias calmas, verosímiles, pulcras. Además, como dice La Magna, Terencio “sabe también hablar al corazón”. De ahí que, según el mismo estudioso, lo sintamos más cerca de nosotros, de nuestra manera de concebir la comedia ²⁶.

Fortuna del *Heautontimorúmenos*

El *Heautontimorúmenos* fue popular en la antigüedad. De un pasaje de Varrón (116 - 27 a. de J. C.) sobre Menedemo se puede inferir que en su tiempo la pieza seguía estando en el repertorio teatral. Unas inscripciones en Pompeya atestiguan que el personaje de Menedemo era todavía popular en el primer siglo de nuestra era. Los autores aluden a menudo al *Heautontimorúmenos*. Cicerón cita varios de sus

²⁰ Cf Ronconi, p. XXVI - XXVII.

²¹ Cf La Magna 1964, p. 20.

²² Cf La Magna 1964, p. 21.

²³ Cf Coromines - Coromines, I, p. 82.

²⁴ Cf La Magna 1950, p. 21 - 26.

²⁵ Cf La Magna 1964, p. 34.

²⁶ Cf La Magna 1964, p. 21.

versos. Horacio presenta a Cremes como el tipo del padre violento.

El verso 77 (*Homo sum...*) es comentado frecuentemente por los antiguos (Cicerón, Séneca, San Agustín) y citado constantemente por los modernos²⁷. Incluso aparece una reminiscencia de ese verso en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II. En su proemio, en efecto, se leen las siguientes palabras, en relación a los discípulos de Cristo: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”²⁸.

En las literaturas modernas, no son pocos los vestigios del *Heautontimorúmenos*. En Italia, L. Ariosto (1474-1533) lo imita de cerca: en la *Cassaria* (1508), la primera escena del acto segundo es traducción casi literal de la tercera escena del acto segundo de la pieza terenciana; en los *Suppositi* (1509), el personaje Eróstrato está calcado sobre Menedemo. En Francia, a mediados del siglo XVIII Fagan (1702-1755) tiene presente el *Heautontimorúmenos* al componer su *Inquiet*. En Inglaterra, *All Fools* (1599) de G. Chapman muestra analogías con el *Heautontimorúmenos*. En España, el Marqués de Santillana recoge en el prólogo de sus *Proverbios de gloriosa e fructuosa enseñanza* algunos de los consejos contenidos en el *Heautontimorúmenos* y *Adelphoe*. La *Calamita* de Torres Naharro está relacionada con el *Heautontimorúmenos* y *El eunuco*. Varias reminiscencias de *La andria* y el *Heautontimorúmenos* se advierten en *La guardia cuidadosa* y *La isla bárbara* de Lope de Vega.

²⁷ Cf Marouzeau, II, p. 12 - 13.

²⁸ *Documentos del Vaticano II: Gaudium et spes* n° 1.

DIDASCALIA

Representada en los Juegos Megalesios¹, siendo ediles curules Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Valerio Flaco². La representaron Lucio Ambivio Turpión³ y Lucio Hatilio de Preneste. Compuso la música Flaco, esclavo de Claudio; fue ejecutada primero con flautas desiguales, luego con dos derechas. El original es griego, de Menandro. Es la tercera comedia del autor, compuesta durante el consulado de Manio Juvencio y Tiberio Sempronio⁴.

PERÍOCA⁵ DE CAYO SULPICIO APOLINAR

El padre demasiado severo impulsó a Clinia, enamorado de Antífila, a marcharse a la guerra; después arrepentido de su proceder, se sentía afligido. Clinia, luego que regresó, va, a escondidas de su padre, a casa de Clitifón, el amante de la meretriz Baquis. Mandando Clinia llamar a su ansiada Antífila, se presenta Baquis como si fuese su querida, acompañada de Antífila vestida de esclava; por este procedimiento Clitifón podría engañar a su padre; y efectivamente, sirviéndose de las tretas de Siro, le son-saca al anciano diez minas⁶ para su cortesana. Se descubre que Antífila es hermana de Clitifón. Con ella se casa Clinia, y Clitifón con otra.

¹ *Ludis Megalénsibus*, durante los juegos en honor de Rea o Cibeles, apodada la *Magna Dea* (*Gran Diosa*, “*Megále theá*”) o *Magna Mater* (*Gran Madre*). Los *ludi Megalenses* se celebraban entre el 4 y el 10 de abril. Fueron instituidos en el año 204 a. de J. C. Inicialmente, consistían en juegos del circo (*ludi circenses*); más tarde, en 194, se volvieron espectáculos teatrales (*ludi scáenici*).

² Fueron ediles curules en el año 163 a. de J. C.

³ Actor famosísimo y director de compañía de comediantes (*dóminus gregis*). Representó las seis comedias de Terencio.

⁴ Fueron cónsules en el 163. El segundo es el padre de Tiberio y Cayo Graco, tribunos y oradores célebres.

⁵ Para una información sobre las periócas de Terencio, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 9, nota 15.

⁶ La mina era una moneda de plata, que valía cien dracmas, entre los griegos.

PERSONAJES⁷

(PRÓLOGO)

CREMES, anciano (padre de Clitifón)

MENEDEMO, anciano (padre de Clinia)

CLITIFÓN, joven (amante de Baquis)

CLINIA, joven (amante de Antífila)

SIRO, esclavo (de Clitifón)

DROMÓN, esclavo (de Clinia)

SÓSTRATA, esposa (de Cremes)

ANTÍFILA, joven

BAQUIS, meretriz

FRIGIA, esclava (de Baquis)

CÁNTARA, nodriza

(EL CANTOR)

⁷ Para una información sobre la lista de personajes, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 10, nota 17.

PRÓLOGO ⁸

Para que ninguno de ustedes se extrañe de que el poeta haya confiado a un anciano un papel que es propio de jóvenes, les diré en seguida el porqué; y luego les manifestaré el motivo por el cual he venido.

Voy a representar hoy el “Heautontimorúmenos”, comedia nueva sacada de una comedia griega aún no explotada, y que viene a ser una pieza de doble intriga construida sobre una contextura simple⁹. Les he dado a conocer que se trata de una comedia nueva y cuál es su título; ahora, si no estimara que la mayoría de ustedes ya lo sabe, les indicaría quién la escribió en nuestro idioma y quién en griego.

Paso pues a exponer brevemente la razón por la cual desempeño yo este papel. El autor ha querido que yo fuera su portavoz, no un simple prologuista. A ustedes los ha constituido jueces, a mí me presenta como su abogado. Pero este abogado tanto podrá por su elocuencia como pudo pensar con justeza quien compuso la defensa que voy a pronunciar.

Pues en cuanto al rumor que personas malévolas han esparcido, de que ha mezclado muchas comedias griegas para escribir pocas en latín, él no niega haberlo hecho, y además declara que no está arrepentido y que en lo sucesivo hará lo mismo. Tiene el ejemplo de buenos autores y en virtud de tal ejemplo estima que le está permitido hacer lo que ellos hicieron.

Después, con respecto a lo que anda diciendo un poeta viejo y maligno, es decir, que nuestro autor se dedicó de repente a la poesía por contar con el ingenio de sus amigos y no ya con el suyo propio, él se remite a la apreciación y veredicto de ustedes. Les recomiendo por lo tanto que no den mayor crédito a la palabra de la injusticia que a la de la equidad. Procuren ser ecuanímenes; den la posibilidad de medrar a los que les ofrecen la oportunidad de contemplar comedias nuevas, carentes de defectos.

No piense que acabo de hablar en favor suyo, aquel que hace poco puso en escena un esclavo que corría por la calle y gente que le cedía el paso¹⁰. ¿Por qué mostrarse el poeta tan condescendiente con un insensato? De sus desaciertos se hablará más cuando nuestro autor publique nuevas comedias, si es que aquel no pone término a sus maledicencias.

Óiganme ahora con ánimo imparcial; permítanme representar en un ambiente silencioso una comedia sosegada¹¹: que no me vea precisado a hacer el papel de esclavo que corre, o del viejo airado, o del parásito comilón, o del impostor desvergonzado, o del alcahuete avaro; papeles todos que a un anciano como yo le exigen un extraordinario desgaste de voz y, a la vez, enorme fatiga. En atención a mi persona, persuádanse que esta causa es justa, para que se aligere en algo mi trabajo. Pues al presente los que escriben comedias nuevas, no tienen lástima de este pobre viejo: si la obra es difícil, acuden corriendo a mí; si es fácil, la encargan a otra compañía. En esta pieza hay puro diálogo¹²; pongan a prueba mi habilidad también en este género.

(Si nunca coticé con codicia mi actuación artística, y si siempre he tenido por mi principal ganancia servir lo más posible a los intereses de ustedes)¹³, hagan de mí un ejemplo, para que así los poetas noveles busquen agradar a ustedes antes que a sí mismos.

⁸ Para una información sobre los prólogos de Terencio, cf Del Col, *Terencio: Formión*, p. 11, nota 18.

⁹ Ver Introducción, p. 4-5.

¹⁰ Alusión al argumento de una comedia perdida de Lucio Lanuvino.

¹¹ *Statariam (scil. fábulam) ágere*. La *fábula stataria* era la que llamaríamos “comedia de carácter”, de poco movimiento y sin trama complicada. En general, las comedias de Terencio son en parte *statáriae* y en parte *motóriae* (de acción movida), es decir, *míxtae* (mixtas).

¹² Ver Introducción, p. 3. Algunos entienden: “el estilo es puro”, y por lo tanto puede encontrar más fácilmente el favor del público. Otros entienden así: “la parte expositiva está muy cuidada”. Otros: “no hay sino diálogo”.

¹³ El texto entre corchetes figura en el segundo prólogo (v. 48 - 50) de *La suegra* (cf Del Col, *Terencio: La suegra*, p. 10), donde está mejor ubicado. Aquí parece ser una interpolación introducida como simple nexo de unión (entre los versos 47 y 51).

ACTO I

ESCENA I

CREMES, MENEDEMO ¹⁴

CREMES. - Aunque nuestro conocimiento recíproco es del todo reciente -precisamente desde que compraste este campo aquí cerca, y casi no ha habido más trato entre nosotros-, sin embargo tus méritos personales por un lado, y por otro la vecindad, que a mi entender confina con la amistad, me inducen a advertirte con franqueza y sencillez que me das la impresión de trabajar más de lo que consiente tu edad y más de lo que requiere tu posición. Pues, ¡por los dioses y los hombres!, ¿qué pretendes o qué te propones con eso? Tienes sesenta años o más, según presumo. En estos contornos no hay nadie que posea una propiedad mejor ni más valiosa que la tuya. Tienes muchos esclavos, pero, como si no tuvieses ninguno, tú mismo haces con tanta diligencia lo que debieran hacer ellos. Nunca salgo tan de mañana ni regreso tan tarde que no te vea en la finca cavando o arando o llevando algo; en suma, no aflojas un instante y no tienes consideración a tu persona. “Es que realmente, dirás, me fastidia el poco trabajo que se lleva a cabo aquí”. Así y todo, conseguirías más si el tiempo que gastas en trabajar lo empleases en hacer trabajar a tus esclavos.

MENEDEMO.- Cremes, ¿tienes tanto tiempo libre como para ocuparte en asuntos ajenos que no te conciernen en absoluto?

CREMES. - Soy hombre; y por lo tanto, nada que sea humano me resulta extraño¹⁵. Supón que te hago una advertencia o bien que te formulo una pregunta: si tienes razón, para imitarte; y si no, para disuadirte.

MENEDEMO. - A mí me gusta así; actúa tú como tengas que actuar.

CREMES. - ¿Acaso hay persona a quien le agrade atormentarse? ¹⁶

MENEDEMO. - Yo.

CREMES. - Si tienes alguna pena, lo lamento. Pero, dime: ¿cuál es tu infortunio? ¿Qué falta tan grave has cometido para infligirte tan grande castigo?

MENEDEMO. - ¡Ay!

CREMES. - No llores, sino infórmame de ello, sea lo que sea. No guardes silencio; no temas; confía en mí: te aseguro que te ayudaré con mis consuelos o con mis consejos o con mis bienes.

MENEDEMO. - ¿Quieres saberlo?

CREMES. - Sí, por la razón que te he dicho.

MENEDEMO. - Te lo manifestaré.

CREMES. - Pero deja entre tanto ese rastrillo; no trabajes.

MENEDEMO. - De ninguna manera.

CREMES. - ¡Qué ocurrencia!

MENEDEMO. - Permite que no me conceda ni un momento de descanso.

CREMES. - No, te digo, no lo permitiré. (*Le arrebató el rastrillo.*)

MENEDEMO. - Esto es un atropello.

CREMES. - (*Balanceando en sus manos el rastrillo.*) ¡Pero! ¿Cómo tienes una herramienta tan pesada?

MENEDEMO. - Eso me merezco.

CREMES. - Habla ahora.

MENEDEMO. - Yo tengo un hijo único, jovencito todavía. - Pero, ¿cómo me atrevo a decir “yo

¹⁴ Los dos viejos se conocen hace apenas tres meses (cf act. I, esc. I: v. 118). Aquí se hallan en un lugar próximo a la casa de Cremes (cf más adelante: act. I, esc. II), en el límite de un campo donde trabaja Menedemo. Este, de acuerdo a un testimonio de Varrón (*R. R.*, II,11), está vestido de “difthéra”, que era una túnica de piel de cabra que usaban los campesinos.

¹⁵ Es el famoso verso 77, reiteradamente citado y comentado por antiguos (Cic., *De off.*, III, 19,63 - *De leg.*, I,12, 33; Sén., *Ep.*, 95, 53; S. Agustín, *Ep.*, 51) y por modernos. Cf Introducción, p. 5-8.

¹⁶ *Ut se crúciat* es la traducción del título de la comedia de Menandro (*Heautontimorúmenos*).

tengo”? Debo decir que lo tuve, Cremes, pues ahora no sé si lo tengo o no.

CREMES. - ¿Cómo es eso?

MENEDEMO. - Te darás cuenta en seguida. Hay aquí una anciana pobre, forastera, originaria de Corinto. Y bien, él empezó a amar perdidamente a una hija suya, llegando al extremo de considerarla ya casi como esposa; y todo esto a mis espaldas. Cuando me enteré del caso, empecé a tratarlo sin benignidad, sin tener en cuenta el corazón dolorido del muchacho, ásperamente, como acostumbran hacer los padres. Todos los días lo increpaba: “¿Cómo? ¿Esperas acaso te permita tener por más tiempo en mis narices a esa amiga casi como si fuera tu esposa? Te equivocas, Clinia, si crees eso, y mostrarías no conocerme. Yo consiento en que se te llame hijo mío mientras lleves una conducta digna; de lo contrario, ya sabré encontrar la medida justa para ti. En verdad, de ninguna otra cosa procede esto sino del excesivo ocio. Yo a tu edad no me entregaba a amoríos, sino que, impulsado por la pobreza, me fui a Asia y allí, guerreando, encontré a la vez fortuna y gloria”. Al fin, la situación vino a parar a este punto: el muchacho a fuerza de oír esos regañones ásperos, se rindió; y pensando que yo tanto por la edad como por el cariño sabía más con respecto a él y cuidaba de él más de lo que pudiera hacerlo por sí mismo, se me fue a Asia, Cremes, a servir al rey.

CREMES. - ¿Qué dices?

MENEDEMO. - Partió sin avisarme; hace ya tres meses que está ausente.

CREMES. - Los dos merecen reproche, aunque lo que él emprendió es señal de ánimo honrado y valiente.

MENEDEMO. - Cuando me entero del caso por los que fueron sus confidentes, regreso a casa triste, con el corazón casi diría perturbado y perplejo ante el disgusto. Tomo asiento; acuden esclavos, me quitan las sandalias. Veo que otros se apresuran, ponen la mesa, preparan la comida. Cada cual por su parte procura con esmero suavizarme la angustia. Al ver esto, empiezo a decir para mis adentros: “¿Cómo! ¿Tantos han de afanarse por mí solo, para darme contento a mí exclusivamente? ¿Tantas sirvientas al cuidado de mis vestidos? ¿Yo solo he de hacer en casa gastos subidos? Y mi hijo único, que hubiera debido gozar de esto igual que yo o más aún, ya que su edad es más a propósito para disfrutar de estas cosas...; pues, a él yo lo eché de aquí con mi rigor. En verdad, yo me tendría por digno de cualquier castigo si obrara así. Pues, mientras él pase su vida sin recursos, privado de la patria por mi dureza, yo continuamente me castigaré para expiar el mal que le hice, trabajando, ahorrando, haciendo adquisiciones en su provecho”. Y así hago justamente: nada dejo en casa, ni vasija, ni vestido; lo he liquidado todo. A las sirvientas y esclavos, excepto aquellos que con el trabajo del campo fácilmente cubrieran sus gastos, a todos los llevé al mercado y los vendí. Junté alrededor de quince talentos; compré este campo y aquí voy bregando. He juzgado, Cremes, que yo haría menos agravio a mi hijo pasando una vida miserable, y que no me era lícito disfrutar aquí de ningún placer hasta que no regresara él sano y salvo para gozar en mi compañía.

CREMES. - Yo creo que tú eres de carácter suave hacia los hijos y que él sería diferente, si se lo tratase bien y benignamente; pero ni tú lo conocías suficientemente a él ni él a ti. ¿Cómo ocurre eso? Cuando no se vive con franqueza. Tú nunca le mostraste cuánto lo apreciabas y él no se atrevió a tener contigo la confianza que es justo tener con un padre. Si hubiesen procedido de este modo, jamás te hubieran sobrevenido esos disgustos.

MENEDEMO. - Así es, lo confieso; grandísima ha sido mi equivocación.

CREMES. - Pero, con todo, Menedemo, yo abrigo buenas esperanzas, y confío que en breve él se te presentará aquí sano y salvo.

MENEDEMO. - Que los dioses te oigan.

CREMES. - No cabe la menor duda. Ahora, si gustas, como hoy se celebran las fiestas Dionisiacas¹⁷, te convidó a comer en mi casa.

¹⁷ Fiestas en honor de Baco llamado Dionisio o Dionisos, de “Dios ”y “Nysa”, ciudad de Arabia donde fue educado. En Grecia se celebraban distintas fiestas Dionisiacas. Aquí se alude tal vez a las Bacanales, fiestas muy licenciosas, de orgía. Los abusos a que dieron origen, provocaron un *Senatus consultum de Bacchanálibus*, o Decreto del Senado acerca de las Bacanales (186 a. de J. C.), que las prohibió.

MENEDEMO. - No puedo.

CREMES. - ¿Por qué no? Te suplico, concédete al fin algún alivio; tu mismo hijo ausente lo querría.

MENEDEMO. - No, no es justo que habiéndolo echado de aquí a arrostrar trabajos, yo mismo ahora los rehúya.

CREMES. - ¿Esa es tu determinación?

MENEDEMO. - Sí.

CREMES. - Pues, que te vaya bien.

MENEDEMO. - Igualmente a ti.

CREMES. - (*A solas.*) Me ha arrancado lágrimas y me da lástima. Pero ya es hora de que le recuerde a mi vecino Fania que venga a comer. Iré a ver si está en casa. (*Sale, luego vuelve.*) No hacía falta el aviso: me dicen que hace rato que está aquí, en mi casa. Soy yo quien hago esperar a los convidados. Voy pues adentro. - Pero, ¿por qué habrá sonado la puerta de mi casa? ¹⁸ ¿Quién sale? Me retiraré por aquí.

ESCENA II

CLITIFÓN, CREMES

CLITIFÓN. - (*Hablando hacia dentro.*) Todavía no tienes por qué recelar, Clinia; aún no pueden haber llegado, y ella, estoy seguro de que aparecerá aquí hoy juntamente con el mensajero. Por lo tanto desecha esa vana inquietud que te atormenta.

CREMES. - (*Aparte.*) ¿Con quién está hablando mi hijo?

CLITIFÓN. - (*Aparte.*) Aquí está mi padre. Precisamente quería hablarle. Me acercaré. (*Alto.*) Padre, llegas a tiempo.

CREMES. - ¿Qué hay?

CLITIFÓN. - ¿Conoces a Menedemo, ese vecino nuestro?

CREMES. - Perfectamente.

CLITIFÓN. - ¿Sabes que tiene un hijo?

CREMES. - He oído decir que está en Asia.

CLITIFÓN. - No, padre; está en nuestra casa.

CREMES. - ¿Qué dices?

CLITIFÓN. - En cuanto llegó y salió de la nave, lo traje directamente a almorzar; pues desde la niñez hemos sido siempre íntimos amigos.

CREMES. - Me das una noticia muy agradable. Oh, cómo quisiera haber insistido más con Menedemo, para que nos acompañara en el almuerzo y fuera yo el primero en proporcionarle en nuestra casa esta agradable sorpresa. Pero todavía hay tiempo.

CLITIFÓN. - Por favor, no lo hagas; no es el caso, padre.

CREMES. - ¿Por qué?

CLITIFÓN. - Porque, en efecto, no sabe todavía qué hacer de su persona. Acaba de llegar; recela de todo: de la ira del padre y de cómo estará el ánimo de su amiga respecto a él. La quiere con locura. Por ella ha sucedido ese enredo y su huida.

CREMES. - Lo sé.

CLITIFÓN. - Ahora le ha despachado un esclavo¹⁹, y yo juntamente con él he enviado a nuestro Siro.

CREMES. - ¿Y qué dice?

CLITIFÓN. - ¿Él? Que es desdichado.

CREMES. - ¿Desdichado? ¿Se puede creer que haya alguien menos desdichado que él? ¿Qué le falta de las cosas que justamente se dice que forman la felicidad de un hombre? Tiene padres, una patria libre y próspera, amigos, noble alcurnia, deudos, riquezas... Pero estas cosas son como el ánimo del

¹⁸ Para captar bien el alcance de esta frase, cf. Del Col, *Terencio: Formión*, p. 38-39, nota 78.

¹⁹ El esclavo de Clinia es Dromón, como se verá en el act. II, esc. III.

que las posee: para quien sabe usarlas, son bienes; para quien abusa de ellas, son malas.

CLITIFÓN. - Sí, pero ha sido siempre un viejo fastidioso; y ahora lo que yo más temo, padre, es que él, airado, tome alguna medida drástica contra el hijo.

CREMES. - ¿Él... una medida drástica? - (*Aparte.*) Pero me voy a refrenar, ya que a Menedemo le conviene que el muchacho tenga miedo.

CLITIFÓN. - ¿Qué estás murmurando dentro de ti?

CREMES. - Te lo voy a decir. Sea como quiera, con todo hubiera debido quedarse. Tal vez Menedemo era algo excesivo con su pasión; hubiera debido aguantar, pues ¿a quién podría tolerar el que no tolera a su padre? ¿Qué era lo correcto: que el padre se portara según la voluntad del hijo o este según la voluntad de aquel? Y en cuanto a la acusación que le hace, de ser duro, no hay tal cosa; pues los agravios de los padres (hablo de los que son un poco tolerantes) son casi siempre del mismo tipo: no quieren que sus hijos frecuenten a mujeres de mala vida; ni que anden banquetando a cada rato; les escatiman el dinero para sus gastos. Pero al fin y al cabo, todo esto va enderezado a la virtud. En cambio, una vez que el ánimo se dejó enredar por una pasión desarreglada, inevitablemente se sigue, Clitifón, una conducta en consonancia con ella. Eso es sensatez: aprender del ejemplo ajeno lo que redunde en tu provecho.

CLITIFÓN. - Es justamente lo que pienso.

CREMES. - Yo me voy adentro a ver qué comida nos han preparado. Tú, ya que es la hora, trata, por favor, de no alejarte. (*Entra en casa.*)

ACTO II

ESCENA I

CLITIFÓN

CLITIFÓN. - ¡Qué jueces injustos son los padres hacia todos los jóvenes! Estiman razonable que inmediatamente, desde la venida a este mundo, nazcamos viejos y no participemos de las cosas que trae consigo la juventud. Pretenden gobernarnos conforme al gusto que tienen ahora, no conforme al que tuvieron en otro tiempo. Si yo algún día llego a tener un hijo, este ciertamente hallará en mí un padre comprensivo, porque me pondré en situación de conocer y a la vez de compadecer sus travesuras. No seré como mi padre, que se vale del ejemplo ajeno para darme sus lecciones de moral. ¡Desgraciado de mí! Él, apenas bebe un poco más de lo debido, ¡qué proezas tuyas no cuenta! Y ahora me dice: “Aprende de la experiencia ajena lo que te pueda ser útil”. ¡Taimado! Desde luego no imagina que ahora, para mí, está contando cuentos a un sordo²⁰. Más mella me hacen las palabras de mi amiga: “Dame eso” y “Tráeme aquello”. Y no sé qué responderle. En verdad no hay nadie más miserable que yo. Nuestro Clinia tiene, sí, sus preocupaciones, pero por lo menos tiene una amiga fina, honesta y que ignora las artimañas de las meretrices. La mía, en cambio, es autoritaria, petulante, engreída, derrochadora, fastuosa. Entonces lo que puedo darle es un “Está bien”, pues tengo escrúpulo de decirle que no tengo nada. No hace mucho que descubrí esta desgracia; pero mi padre todavía no está al tanto.

ESCENA II

CLINIA, CLITIFÓN

CLINIA. - (*Aparte.*) Si mis asuntos amorosos se desarrollaran favorablemente, hace rato, ya lo sé,

²⁰ *Surdo narrare fábulam* (v. 222), “contar una historia a un sordo”; *narrare asello fabellam surdo* (Hor., Ep., II, I, 999), “contar una historieta a un asnillo sordo”: son proverbios latinos.

que habrían venido ²¹; pero me temo que durante mi ausencia la muchacha haya sido aquí corrompida. Muchos indicios concurren para confirmarme en esta sospecha: la ocasión, el lugar, su edad, la picara de su madre que la tiene dominada y a quien nada agrada ya fuera del dinero.

CLITIFÓN. - (*Reconviniéndolo amablemente.*) ¡Clinia!

CLINIA. - ¡Ay, infeliz de mí!

CLITIFÓN. - ¿Por qué no cuidas más bien que nadie te vea por casualidad aquí, al salir de la casa de tu padre?

CLINIA. - Así lo haré. Pero lo cierto es que el corazón me presagia no sé qué desgracia.

CLITIFÓN. - ¿Por qué sigues formulando juicios sobre eso antes de averiguar qué hay en realidad?

CLINIA. - Si no hubiera estorbo alguno, ya estaría ²² aquí.

CLITIFÓN. - Ya llegarán ²³.

CLINIA. - ¿Cuándo será esto?

CLITIFÓN. - No consideras que hay bastante distancia de aquí. Por otra parte, sabes cómo son las mujeres: mientras se disponen, mientras se deciden, pasa un año.

CLINIA. - Con todo, Clitifón, yo temo.

CLITIFÓN. - ¡Oh, respira! Ya viene Dromón en compañía de Siro. Ahí los tienes.

ESCENA III

SIRO, DROMÓN, CLINIA, CLITIFÓN

SIRO. - (*Entrando con Dromón.*) ¿De veras?

DROMÓN. - Es así nomás. Pero entre tanto, mientras nosotros veníamos charlando, ellas se han quedado atrás.

CLITIFÓN. - (*A Clinia.*) Es tu amiga la que llega: ¿oyes, Clinia?

CLINIA. - Sí, al fin oigo y veo y estoy sano, Clitifón.

SIRO. - (*A Dromón.*) No había que dejarlas atrás, con todo eso que traen.

CLINIA. - ¡Ay de mí!

SIRO. - (*Continuando.*) ¡Joyas, ropas! ¡Y ya anochece, y no conocen el camino! Hemos cometido un disparate. ¡Ea, ve tú, Dromón, a su encuentro! ¡Date prisa! ¿Qué haces allí plantado?

CLINIA. - (*Viendo a las mujeres.*) ¡Ay, desdichado de mí! ¡Qué desengaño en mi esperanza!

CLITIFÓN. - ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te inquieta?

CLINIA. - ¿Me preguntas qué pasa? ¿No lo ves tú mismo? ¡Esclavas, joyas, ropas! Yo la había dejado aquí con una sola esclavita. Pues, ¿de dónde piensas que le haya venido todo eso?

CLITIFÓN. - ¡Ah, ahora finalmente entiendo!

SIRO. - ¡Buenos dioses, qué tropel! Desde luego, nuestra casa a duras penas les dará cabida. ¡Qué no comerán, qué no beberán! ¿Y qué habrá más digno de compasión que nuestro viejo? (*Viendo a Clitifón y Clinia.*) Pero ahí veo a quienes yo quería ver.

CLINIA. - ¡Oh, Júpiter! ¿Dónde está la fidelidad? Mientras yo por ti iba errando como un loco fuera de la patria, tú mientras tanto, Antífila, te has enriquecido sobre manera y a mí me has dejado en estas calamidades. Por ti me hallo en el colmo de la deshonra; por ti soy tan poco sumiso a mi padre. Ahora, frente a él, siento vergüenza y lástima. Inútilmente me avisó, poniéndome de relieve en todos los tonos las costumbres de estas mujeres. Nunca logró apartarme de Antífila. Sin embargo, ahora la he de dejar; entonces, cuando mi padre me hubiera agradecido tal resolución, no quise. Nadie hay más desgraciado que yo.

²¹ Clinia alude a Antífila, Dromón y Siro (cf *supra* act. I, esc. II).

²² Por supuesto, Clinia se refiere a Antífila, en quien exclusivamente piensa.

²³ Clitifón contesta en plural, porque piensa también en Dromón y Siro, que han sido enviados a buscarla (cf act. I, esc. II: v. 191; act. II, esc. II: v. 231).

SIRO. - (*A Dromón.*) Es obvio que este interpreta torcidamente lo que hemos dicho aquí. (*Alto*) Clinia, tomas a tu amada por lo que ella no es; pues su conducta es la misma, y sus disposiciones hacia ti las mismas de antes, por cuanto hemos inferido de los hechos mismos.

CLINIA. - Por favor, ¿qué quieres decir? Ahora, en efecto, de todas las cosas ninguna hay que yo más desee como estar equivocado en mis sospechas.

SIRO. - Primeramente, para que nada ignores respecto de ella, la vieja que hasta el presente se dijo que era su madre, no lo era; su madre ya murió; esto lo oí por casualidad mientras, en el camino, la propia Antífila se lo contaba a la otra.

CLITIFÓN. - ¿Quién es la otra?

SIRO. - Espera que cuente primero lo que empecé; después pasaré a responderte.

CLITIFÓN. - Date prisa.

SIRO. - Pues, antes que nada, cuando llegamos a la casa, Dromón llama a la puerta. Sale una vieja; apenas ella hubo abierto la puerta, él al punto se lanza adentro, y yo lo sigo. La vieja echa de nuevo el cerrojo a la puerta y vuelve a hilar su lana. Ahí y solo ahí se pudo conocer, Clinia, la ocupación ordinaria en que la joven pasó su vida durante tu ausencia, puesto que habíamos caído de sopetón en su casa. En efecto, esa circunstancia nos ofreció la oportunidad de apreciar el régimen de su vida diaria, que es lo que principalmente pone de manifiesto la índole de cada cual. La sorprendimos, pues, mientras tejía diligentemente una tela. Vestía con sencillez un traje de duelo -supongo que por la vieja aquella que había fallecido-; no exhibía aderezo de oro; estaba arreglada como las que se arreglan para sí solas, sin haber recurrido a ningún falso artificio de la coquetería femenina; su cabellera peinada, larga, echada hacia atrás, con descuido, alrededor de la cabeza... (*A Clinia que quiere interrumpirlo.*) ¡Silencio!

CLINIA. - Querido Siro, te lo ruego, no me sumerjas en vanas alegrías.

SIRO. - La vieja urdía una trama; además había una pequeña sirvienta que también tejía; aparecía cubierta de andrajos, desaliñada, mugrienta.

CLITIFÓN. - Clinia, si es verdad esto, como yo creo, ¿quién más afortunado que tú? ¿Reparas en lo que dice sobre la sirvienta: sucia ella y vestida con ropas sucias? También es una gran señal de la honestidad de la dueña el tener unos intermediarios tan descuidados. En efecto, quienes buscan llegar a las señoras, tienen por norma colmar de regalos a las criadas.

CLINIA. - Prosigue, por favor, pero evita tratar de congraciarte conmigo por medio de embustes. ¿Qué dijo cuando tú me nombraste?

SIRO. - Cuando le dijimos que habías regresado y que le rogabas venir a verte, la muchacha deja al punto la tela y todo el rostro se le cubre de lágrimas; fácilmente se echaba de ver que lo hacía por el amor que te tenía.

CLINIA. - Así me amen los dioses como es verdad que no había de qué temer. (*A Siro.*) Y ahora, Siro, me toca a mí; dime: ¿quién es la otra?

SIRO. - Conducimos a tu Baquis.

CLITIFÓN. - ¡Oh! ¿Qué dices? ¿A Baquis? Hola, facineroso, ¿adónde piensas conducirla?

SIRO. - ¿Adónde? A nuestra casa, por supuesto.

CLITIFÓN. - ¿Junto a mi padre?

SIRO. - Eso es.

CLITIFÓN. - ¡Oh, desvergonzada audacia la de este hombre!

SIRO. - ¡Oye! Sin riesgo no se hace nada grande y memorable.

CLITIFÓN. - ¡Mira esto! Con riesgo de mi vida buscas gloria para ti, ¡bribón! En una empresa donde, por poco que falles, yo corro a la perdición. (*A Clinia.*) ¿Qué harías tú con ese?

SIRO. - Pero, en verdad...

CLITIFÓN. - ¿En verdad, qué?

SIRO. - Si me dejas hablar, te lo diré.

CLINIA. - (*A Clitifón.*) Deja que hable.

CLITIFÓN. - Pues, que hable nomás.

SIRO. - Este asunto está al presente como cuando...

CLITIFÓN. - (*A Clinia.*) ¡Diablo! ¿Qué embrollos me empieza a contar?

CLINIA. - Siro, tiene razón tu señor; deja eso, y ve al grano.

SIRO. - A la verdad, no puedo callar. De muchas maneras eres injusto, Clitifón, y no es posible sopor-tarte.

CLINIA. - (*A Clitifón.*) Calla, que hemos de oírlo, por Hércules.

SIRO. - Quieres tener amante, quieres gozar de ella, quieres se te procuren recursos para hacerle obsequios; pero no quieres arrostrar riesgos para conquistar eso. Eres cuerdo, sí, si ser cuerdo es querer lo que no puede ocurrir. Pero no hay escapatoria: o tomar una cosa con otra, o dejar las dos. Considera ahora cuál de los dos partidos prefieres; para mí tengo que el plan que he proyectado es bueno y seguro, ya que ofrece la posibilidad de que tu amiga esté contigo, junto a tu padre, sin peligro alguno. Y además, puesto que le prometiste dinero, ese es el camino por el cual hallaré la manera de conseguirlo, como tú me instabas a hacerlo hasta ponerme sordo con tus ruegos. ¿Qué más quieres?

CLITIFÓN. - Si verdaderamente se logra eso...

SIRO. - ¿Si verdaderamente...? Lo sabrás por experiencia.

CLITIFÓN. - Vamos, di ese plan: ¿cuál es?

SIRO. - Simularemos que tu amiga es amiga de este (*señalando a Clinia*).

CLITIFÓN. - (*Con ironía.*) ¡Estupendo! Pero, dime: ¿y qué hará de la suya? ¿O se dirá que aquella es también de él, como si fuera poco para su infamia tener ya una?

SIRO. - No, sino que la llevaremos a casa de tu madre.

CLITIFÓN. - ¿Y por qué allá?

SIRO. - Demasiado largo sería, Clitifón, explicarte por qué lo hago; pero hay una buena razón.

CLITIFÓN. - ¡Cuentos! Yo no veo razón suficientemente sólida por la cual me convenga correr este riesgo.

SIRO. - Espera; si te asusta ese plan, tengo otro que los dos reconocerán exento de peligro.

CLITIFÓN. - Oh, procura, por tu vida, algo así.

SIRO. - Con mucho gusto. Iré a su encuentro y les diré que se vuelvan a sus casas.

CLITIFÓN. - ¿Eh? ¿Qué has dicho?

SIRO. - Y así te quitaré todo miedo, de suerte que puedas dormir a pierna suelta ²⁴. (*Se aleja lentamente.*)

CLITIFÓN. - (*A Clinia.*) ¿Qué hago ahora?

CLINIA. - ¿Tú? El bien que...

CLITIFÓN. - (*Llamando.*) Siro, dime todo lo que piensas.

SIRO. - (*Siempre alejándose.*) Déjame hacer; después, sería demasiado tarde para despedirlas; demasiado tarde y vano intento.

CLINIA. - (*A Clitifón, completando la frase.*) ... se te ofrece, gózalo mientras te es posible, pues no puedes saber...

CLITIFÓN. - ¡Oye, Siro!

SIRO. - (*Aparte.*) ¡Continúa no más!; que yo haré lo que he dicho.

CLINIA. - ... si en lo sucesivo tendrás la posibilidad de hacerlo o si nunca más la tendrás.

CLITIFÓN. - (*Aparte.*) Es cierto, por Hércules. - (*Llamando.*) ¡Siro, Siro, escucha! ¡Hola, hola, Siro!

SIRO. - (*Aparte.*) Se ha inflamado. - (*Alto, a Clitifón.*) ¿Qué quieres?

CLITIFÓN. - ¡Vuelve, vuelve!

SIRO. - Aquí estoy. Dime: ¿qué pasa? ¿Seguirás diciendo que esto tampoco te gusta?

CLITIFÓN. - Al contrario, Siro; en tus manos dejo mi persona, mi amor y mi fama. Tú eres el juez; procura no hayas luego de convertirte en acusado.

SIRO. - Es ridícula, Clitifón, tu advertencia, como si en este asunto no estuviera en juego mi interés

²⁴ *In aurem utramvis otiose ut dórmiás* (v. 342). Literalmente: “de suerte que duermas tranquilamente sobre ambas orejas”. Es un proverbio (cf Plauto, *Pseudolus*, 123-124), En Plauto se encuentra también esta variante: *Dormire in utrumvis óculum*, “dormir sobre ambos ojos”.

al igual que el tuyo. Si por casualidad nos sobreviniera en esto algún contratiempo, pues, para ti estarían reservados reproches, para mí azotes. Es, por tanto, un asunto que de ningún modo voy a tratar a la ligera. Pero niégale a este (*señalando a Clinia*) simular que Baquis es su amiga.

CLINIA. - Por supuesto que lo simularé; ya se ha llegado a un punto tal que es necesario hacerlo.

CLITIFÓN. - Con razón te quiero, Clinia.

CLINIA. - Pero que ella, a su vez, no titubee.

SIRO. - ¡Oh! Está bien aleccionada.

CLITIFÓN. - Me admira, ¿sabes?, que tan fácilmente la hayas podido persuadir a ella, que está acostumbrada a desdeñar hombres y ¡qué hombres!

SIRO. - Llegué a su casa en circunstancia propicia, y eso es lo más importante en todas las cosas. Ahí sorprendí, en efecto, a un pobre soldado que la solicitaba por esta noche; ella con astucia manejaba a ese hombre para encenderle el ánimo codicioso mediante sus negativas y a la vez para caerle más en gracia. Pero cuidado: procura, por favor, no portarte inconsideradamente. Conoces la perspicacia de tu padre en estas cosas; y yo sé cuán poco sueles dominarte. Palabras ambiguas, volver la cabeza hacia ella, suspirar, carraspear, toser, reír...: guárdate de todo esto.

CLITIFÓN. - Oh, tendrás que felicitarme.

SIRO. - Pon cuidado, por favor.

CLITIFÓN. - Tú mismo quedarás pasmado.

SIRO. - (*Viendo llegar a las mujeres.*) ¡Pero qué pronto nos han alcanzado las mujeres!

CLITIFÓN. - ¿Dónde están? (*Amaga lanzarse hacia ellas. A Siro que lo detiene.*) ¿Por qué me detienes?

SIRO. - Ahora esa (*señalando a Baquis*) ya no es tuya.

CLITIFÓN. - Sí, lo sé: delante de mi padre; pero ahora entre tanto... (*Intenta acercarse a Baquis.*)

SIRO. - (*Deteniéndolo.*) Tampoco ahora; ¡en absoluto!

CLITIFÓN. - ¡Déjame!...

SIRO. - ¡Te digo que no.

CLITIFÓN. - ¡Por amor del Cielo, un instante no más!

SIRO. - Te lo prohíbo.

CLITIFÓN. - ¡Saludarla siquiera!

SIRO. - ¡Vete, si tienes seso!

CLITIFÓN. - Me voy. Pero, (*señalando a Clinia.*) ¿y ese?

SIRO. - Se quedará.

CLITIFÓN. - ¡Oh dichoso mortal!

SIRO. - ¡Vete de una vez! (*Clitifón se va.*)

ESCENA IV

BAQUIS, ANTÍFILA, CLINIA, SIRO

(*Las dos mujeres entran con su acompañamiento sin ver a los personajes que están en escena.*)

BAQUIS. - Por Pólux, mi querida Antífila, te alabo y te estimo dichosa puesto que has procurado que tus costumbres fueran del todo semejantes a tu hermosura. Y así me amen los dioses como es verdad que no me extraño en absoluto de que cada cual te codicie para sí; pues tu lenguaje me ha revelado tu índole. Y ahora cuando yo en mis adentros considero tu vida o, mejor dicho, la de todas ustedes que viven apartadas del mundo, ya no me llama la atención que ustedes sean lo que son y nosotras no. En efecto, a ustedes les conviene ser honestas; a nosotras, en cambio, no nos dejan serlo aquellos con los que trabajamos relaciones; pues los amantes nos cortejan impulsados por nuestra belleza; pero cuando esta se aja, vuelven su ánimo hacia otra parte; y si entre tanto no hemos sido algo previsoras, nos que-

damos en la calle. Pero ustedes, una vez que han resuelto pasar la vida con un solo varón, cuya conducta sea perfectamente similar a la de ustedes, encuentran individuos que se aficionan a ustedes; gracias a esto, se unen realmente una con otro de tal manera que jamás calamidad alguna puede mellar su amor.

ANTÍFILA. - De las otras no sé; pero de mí sé que siempre he procurado identificar mi felicidad con la de él.

CLINIA. - (*Aparte.*) ¡Ah! Por esto, Antífila mía, tú sola me has hecho volver a la patria; pues mientras me hallaba lejos de ti, todos los trabajos que experimenté me parecieron leves en comparación con el sacrificio de estar sin ti.

SIRO. - Lo creo.

CLINIA. - Siro, no aguanto más. ¡Ay, pobre de mí! ¡No poder gozar a mis anchas de una mujer con un corazón así!

SIRO. - Al contrario; tal como vi a tu padre, él te hará sentir sus rigores aún por mucho tiempo.

BAQUIS. - (*Viendo a Clinia.*) ¿Quién es ese joven que nos está mirando?

ANTÍFILA. - ¡Ah, sosténme, te suplico!

BAQUIS. - Por favor, ¿qué te pasa?

ANTÍFILA. - ¡Ay de mí! ¡Estoy que me desmayo! ¡Estoy que me muero!

BAQUIS. - ¿Por qué estás tan turbada, Antífila?

ANTÍFILA. - ¿Es Clinia al que veo o no?

BAQUIS. - ¿A quién ves?

CLINIA. - (*Adelantándose.*) ¡Bien venido, corazón!

ANTÍFILA. - ¡Bien hallado, tesoro!

CLINIA. - ¿Qué tal?

ANTÍFILA. - ¡Cómo me alegro que hayas regresado sano y salvo!

CLINIA. - Me parece un sueño tenerte en mis brazos, Antífila, anhelo de mi alma.

SIRO. - Vayan adentro; que el viejo hace rato que los está esperando²⁵.

ACTO III

ESCENA I

CREMES, MENEDEMO

CREMES. - Ya amanece ²⁶. ¿Por qué tardo en llamar a la puerta del vecino, a fin de ser yo el primero en comunicarle el regreso de su hijo? Bien sé que el muchacho no lo quiere así; pero viendo cuánto se angustia ese infeliz por su ausencia, ¿podría yo ocultarle un gozo tan inesperado, sobre todo si del hecho de descubrirselo no le vendrá al otro perjuicio alguno? No lo haré, pues en lo que pueda ayudaré al viejo. Así como veo que mi hijo sirve a un amigo y compañero de su misma edad y se le asocia en sus asuntos, también nosotros, los viejos, conviene que complazcamos a los viejos.

MENEDEMO. - (*Aparte, saliendo de su casa.*) O yo por cierto he nacido con una disposición extraordinaria para las desventuras o es falso el dicho popular de que “el tiempo quita la pesadumbre a los hombres”; en efecto, en mí precisamente va creciendo cada día más la pesadumbre con respecto a mi hijo, y cuanto más se prolonga su ausencia, tanto más deseo verlo y más lo añoro.

CREMES. - (*Aparte.*) ¡Oh, helo allí que sale de casa! Voy a hablarle. (*Alto.*) ¡Salud, Menedemo! Te

²⁵ Cremes festeja las fiestas Dionisiacas y ha regresado para hacer los preparativos. Ha invitado a Menedemo, que ha rehusado (act. I, esc. 1) y a Fania, que ha llegado. Se aguarda ahora a las dos mujeres, que han de venir con Clinia.

²⁶ Entre esta escena y la anterior ha transcurrido la noche que siguió a la comida en casa de Cremes.

traigo una noticia, la que más deseas se te comunique.

MENEDEMO. - ¿Por ventura has oído algo, Cremes, acerca de mi hijo?

CREMES. - Que está vivo y sano.

MENEDEMO. - Dime: ¿y dónde está?

CREMES. - En mi casa.

MENEDEMO. - ¿Mi hijo...

CREMES. - Sí.

MENEDEMO. - ... ha llegado?

CREMES. - Eso es.

MENEDEMO. - ¿Mi querido Clinia ha llegado?

CREMES. - Ya te he dicho que sí.

MENEDEMO. - Vamos. Llévame, te lo suplico, junto a él.

CREMES. - Todavía no quiere que sepas que ha vuelto, y rehúye tu presencia. Por su falta teme que esa tu antigua aspereza haya aun aumentado.

MENEDEMO. - ¿No le dijiste cuáles son mis sentimientos actuales?

CREMES. - No.

MENEDEMO. - ¿Por qué no, Cremes?

CREMES. - Porque es perjudicar gravemente tus intereses y los de él, si muestras un ánimo tan blando y rendido.

MENEDEMO. - ¡No puedo tener otra actitud! ¡Bastante ya, bastante riguroso he sido con él!

CREMES. - ¡Ah!, Menedemo, eres exagerado en uno y otro sentido: o demasiada liberalidad o demasiada parsimonia. Tanto por una cosa como por otra incurrirás en el mismo perjuicio. Primeramente, en otro tiempo, en vez de tolerar que tu hijo frecuentara la casa de una pobre mujer que entonces se conformaba con poquito y todo lo encontraba de su gusto, lo aterraste e hiciste huir de aquí. Ella, después de eso, forzada por la necesidad y a pesar suyo, empezó a ganarse el sustento mediante la prostitución. Ahora que no es posible tenerla sin gran desembolso, tú estás dispuesto a dar cualquier cosa. Pues, para que sepas qué bien preparada está ahora para causar ruina, te digo, ante todo, que ya ha traído consigo más de diez criadas cargadas de vestidos y objetos de oro. Si su amante fuera un sátrapa, jamás lograría afrontar sus gastos; tanto menos lo podrías tú.

MENEDEMO. - ¿Está ella adentro?

CREMES. - ¿Si está, me preguntas? Me he dado cuenta, pues he dado una cena²⁷ a ella y a las de su séquito; si tuviera que ofrecerle otra cena, me fundiría. Así, por no hablar de otras cosas, ¡qué cantidad de vino no me gastó con solo catarlo! “Este, así así”, iba diciendo; “este, padre, es áspero; busca, por favor, otro más dulce”. Destapé todos los toneles y todos los cántaros; tuvo al trote a toda mi gente. ¡Y eso en una sola noche! ¿Piensas qué será de ti cuando sin cesar te vayan devorando la fortuna? Así me amen los dioses, Menedemo, como es cierto que yo estoy apiadado de tus bienes.

MENEDEMO. - Haga lo que se le da la gana; tome, gaste, malgaste: he determinado sufrir todo eso, con tal de tenerlo a mi lado.

CREMES. - Si estás resuelto a obrar así, juzgo de extrema importancia que él no advierta que de intento le das eso.

MENEDEMO. - ¿Qué haré pues?

CREMES. - Cualquier cosa salvo lo que piensas. Dale mediante otro cualquiera, déjate engañar por las artimañas de algún esclavo. Por otra parte, ya he oído que ellos andan en eso y que lo tratan en secreto: cuchichean entre sí Siro y tu esclavo; van luego a proponer sus planes a los jóvenes. Y bien, más te vale perder un talento en esta forma que una mina en la otra²⁸. No es cuestión de dinero, sino de ver cómo dárselo al muchacho con menos peligro. Pues una vez que él advierta tus intenciones, es decir, que estás dispuesto a sacrificar la vida y todo el dinero antes que desprenderte de tu hijo, ¡oh, qué brecha le habrás abierto para el desenfreno! A tal punto que en lo sucesivo no te sería grato vivir.

²⁷ Cf nota anterior.

²⁸ Entre los griegos, el talento de plata equivalía a sesenta minas; la mina, a cien dracmas (Ver p. 9, nota 6).

En efecto, todos nos volvemos peores con una libertad excesiva. Querrá él todo lo que se le ocurra y no reflexionará si es algo bueno o malo; él lo pedirá. Tú no podrás tolerar que perezca él y tu patrimonio. Te rehusarás a darle; él acudirá en seguida al recurso que comprobará ser de suma eficacia para manejarte: amenazará con irse al punto de casa.

MENEDEMO. - Me parece que dices las cosas tal como son en realidad.

CREMES. - Por Hércules que anoche no pegué los ojos de tanto buscar una manera oportuna para devolverte el hijo.

MENEDEMO. - ¡Acá esa mano! Te ruego, Cremes, que sigas ayudándome como ahora.

CREMES. - Estoy dispuesto a hacerlo.

MENEDEMO. - ¿Sabes lo que querría yo que hicieses?

CREMES. - Di.

MENEDEMO. - Porque te diste cuenta del engaño que empiezan a urdirme, procura que se den prisa en llevarlo a cabo; deseo darle lo que él quiere, anhelo verlo ya.

CREMES. - Me ocuparé de eso. Pero tengo un asuntillo que me estorba. Simo y Critón, vecinos nuestros, andan en un litigio de límites; y me eligieron a mí como arbitro. Pues, iré a decirles que hoy no puedo arbitrar entre ellos como se lo había prometido. En seguida vuelvo.

MENEDEMO. - Así te lo suplico. (*Cremes sale.*) - (*A solas.*) ¡Oh, soberanos dioses! ¿Es posible que la naturaleza humana sea tal que todos vean y juzguen mejor las cosas ajenas que las propias? ¿Será acaso porque en nuestras cosas nos ofusca un excesivo gozo o un excesivo disgusto? ¡Mira este ahora cuánto más cuerdo es para mí que yo mismo!

CREMES. - (*Volviendo.*) Me he librado de ese asunto para poder atender cómodamente al tuyo. He de llamar aparte a Siro y darle instrucciones. - Alguien sale de mi casa. Tú retírate a la tuya, para que nadie se dé cuenta, de que hay acuerdo entre nosotros. (*Menedemo entra en su casa.*)

ESCENA II

SIRO, CREMES

SIRO. - (*Sin ver a Cremes, aparte.*) Corre de acá para allá; a todo trance hay que encontrar el dinero, hay que armarle una trampa al viejo.

CREMES. - (*Aparte.*) ¿Acaso me engañé sospechando que estaban maquinando eso? Ya se ve; ese esclavo de Clinia (*alude a Dromón*) es algo torpe; por eso han confiado el encargo al nuestro.

SIRO. - ¿Quién habla aquí? (*Viendo a Cremes.*) Estoy perdido. ¿Habrá oído por ventura lo que acabo de decir?

CREMES. - ¡Siro!

SIRO. - ¡Oh!

CREMES. - ¿Qué haces ahí?

SIRO. - En verdad, nada. Pero estoy maravillado, Cremes, de que hayas madrugado tanto, tú que ayer bebiste tanto.

CREMES. - No demasiado.

SIRO. - ¿"No demasiado", dices? Realmente se vio, como suele decirse, la vejez del águila ²⁹.

CREMES. - ¡Anda!

SIRO. - Mujer agradable y graciosa esa meretriz (*alude a Baquis, que está en casa de Clinia*).

CREMES. - Por cierto.

SIRO. - ¿Te pareció así también a ti? (*Pausa.*) Y en verdad, su belleza es despanpanante.

CREMES. - (*Con frialdad.*) Sí, bastante.

²⁹ Según los antiguos, las águilas se mueren de hambre, porque, al volverse viejas, la parte superior de su pico crece hasta el punto que ya no lo pueden abrir; y por lo tanto, solo pueden beber, o chupar la sangre de las presas (Cf Plinio, *Hist. Nat.*, X, 3.15). Pues bien -dice Siro- Cremes no hizo sino beber, como un águila vieja.

SIRO. - Sin duda no es como las de tu tiempo, pero comparada con las de ahora es guapa de veras, y no me extraña en absoluto que Clinia se muera por ella. Pero él tiene un padre lamentablemente codicioso y roñoso, ese vecino nuestro: ¿lo conoces? Y bien, como si este no nadara en la abundancia, su hijo se vio precisado a escaparse por la penuria. ¿Sabías que sucedió como te digo?

CREMES. - ¿Cómo no lo habría yo de saber? (*Aparte.*) ¡Qué tipo! Merecería se le hiciese girar una rueda de molino ³⁰.

SIRO. - (*Que sin embargo ha escuchado.*) ¿Quién?

CREMES. - Me refiero al esclavo de ese muchacho...

SIRO. - (*Aparte.*) ¡Ay, Siro, cómo he temido no lo dijese por ti!

CREMES. - (*Continuando la frase.*) ... que permitió sucediera eso.

SIRO. - ¿Qué debía hacer?

CREMES. - ¿Me lo preguntas? Tenía que idear algo, inventar tretas para que el joven tuviera con qué obsequiar a la amiga, y para salvar a la vez a ese viejo cascarrabias, aun a pesar suyo.

SIRO. - Estás bromeando.

CREMES. - Eso era menester que hubiera hecho, Siro.

SIRO. - ¡Cómo! ¿Alabas a los que engañan a sus amos?

CREMES. - A su tiempo y sazón, claro que los alabo...

SIRO. - ¡Perfecto!

CREMES. - (*Continuando.*) ... porque a menudo se remedian con ello graves angustias. Por de pronto, ese hijo único se le hubiera quedado en casa.

SIRO. - (*Aparte.*) No sé si habla en broma o en serio; en todo caso me incita a seguir adelante más a gusto.

CREMES. - Y ahora, Siro, ¿qué está aquel esperando? ¿Acaso que se marche otra vez el muchacho porque el viejo no puede costearle los gastos para la amiga? ¿No trama algún embuste contra el viejo?

SIRO. - Es un bobo.

CREMES. - Pero es preciso que tú lo ayudes, en atención al muchacho.

SIRO. - Realmente lo podría hacer con facilidad, si tú lo mandas, pues sé al dedillo cómo se estila hacer en tales casos.

CREMES. - ¡Tanto mejor, por Hércules!

SIRO. - Y conste que no acostumbro mentir.

CREMES. - A obrar, pues.

SIRO. - Pero, ¡ajo!, procura acordarte de esto mismo, si alguna vez, por casualidad, visto como son las cosas de los hombres, ocurriera que tu hijo hiciera algo por el estilo.

CREMES. - No ocurrirá, espero.

SIRO. - Yo también, por Hércules, lo espero. Y no digo esto ahora porque haya sabido algo de él. Pero por si... o si no... Ya ves la edad del muchacho; y yo por cierto, si se diera el caso, podría, Cremes, guiarte magníficamente.

CREMES. - Acerca de eso, llegado el caso, ya veremos qué es preciso hacer; por ahora ocúpate de lo que haces. (*Entra en casa.*)

SIRO. - (*A solas.*) Nunca jamás oí a mi amo hablar tan a propósito ni que me permitiera obrar con tanta seguridad mientras yo creía que obraba mal. - Pero, ¿quién sale de nuestra casa?

ESCENA III

CREMES, CLITIFÓN, SIRO

CREMES. - (*Empujando a Clitifón fuera de casa.*) Dime, ¿qué es eso? ¿Qué modales son esos, Cli-

³⁰ Hacer girar una rueda de molino era trabajo penosísimo y denigrante, y por lo mismo uno de los castigos más graves que se infligían a los esclavos culpables. Cf Del Col, *Terencio: La Andria*, p. 14, nota 14.

tifón? ¿Es esa la manera de portarse?

CLITIFÓN. - ¿Qué he hecho?

CREMES. - ¿No te he visto hace un momento meterle la mano en el seno a esa ramera?

SIRO. - (*Aparte.*) ¡Zas! ¡Estoy perdido!

CLITIFÓN. - ¿A mí me has visto?

CREMES. - ¡Con mis propios ojos! No lo niegues. Ultrajas a Clinia de una manera muy indigna no sabiendo refrenar tu mano; ya que es un auténtico ultraje acoger en tu casa a un amigo y luego manosearle la amante. Además ayer en la comilona, ¡qué descarado fuiste!

SIRO. - (*Aparte.*) Efectivamente.

CREMES. - ¡Y qué indiscreto! Así me amen los dioses como temí que esas impertinencias tuyas no tuvieran un triste desenlace. Yo sé cómo reaccionan los enamorados: toman a mal lo que menos se piensa.

CLITIFÓN. - Pero él me tiene confianza; él sabe, padre, que yo no soy capaz de ciertas cosas.

CREMES. - Sea; pero a lo menos apártate un rato de su vista. El amor tiene muchas exigencias, que ellos no pueden secundar estando tú presente. Lo arguyo de lo que me pasa a mí. Entre mis amigos no hay uno solo delante del cual yo me atreva, Clitifón, a manifestar todas mis intimidades; pues delante de uno me lo prohíbe su dignidad, delante de otro siento vergüenza de contar la cosa, no queriendo pasar por bobalicón o por desfachatado. Y bien, cree que a él le ha de pasar otro tanto; a nosotros nos toca considerar cómo y cuándo conviene tener miramientos.

SIRO. - (*Acercándose a Clitifón.*) ¿Qué está ese diciendo?

CLITIFÓN. - ¡Estoy perdido!

SIRO. - ¿Eso es lo que yo te recomiendo, Clitifón? (*Irónicamente.*) ¡Te has conducido como hombre prudente y comedido!

CLITIFÓN. - (*Bajo, a Siro.*) ¡Calla, por favor!

SIRO. - ¡Sí, muy bien!

CLITIFÓN. - (*Alto.*) Siro, estoy avergonzado.

SIRO. - Ya lo creo, y no sin razón; aun a mí me da pena.

CLITIFÓN. - (*Bajo, a Siro.*) ¡Me arruinas, por Hércules!

SIRO. - Yo digo la verdad, como yo la pienso.

CLITIFÓN. - (*A Cremes.*) Entonces ¿no tengo que acercarme a ellos?

CREMES. - Vamos, ¿hay acaso una sola manera de acercarse?

SIRO. - (*Aparte.*) Se acabó. Este se delatará antes que yo haya juntado el dinero. (*Alto.*) Cremes, por más que yo sea un tonto, ¿quieres tú hacerme caso?

CREMES. - ¿Qué he de hacer?

SIRO. - Mándale que se vaya de aquí, a cualquier otra parte.

CLITIFÓN. - ¿Adonde tengo queirme de aquí?

SIRO. - Adonde te dé la gana. Déjalos tranquilos (*Alude a Clinia y Baquis*). Vete a paseo.

CLITIFÓN. - ¿A paseo? ¿Adónde?

SIRO. - ¡Bah! ¡Como si faltara lugar! Puedes ir por ahí, hacia allá, adonde quieras.

CREMES. - Tiene razón, tal es mi opinión.

CLITIFÓN. - ¡Los dioses te aniquilen, Siro, pues me echas de aquí!

SIRO. - Y tú, por Pólux, en adelante ten refrenadas esas manos. (*Sale Clitifón. - A Cremes.*) Pues, ¿qué te parece? ¿Qué piensas, Cremes, que hará en lo sucesivo si no lo vigilas, castigas y amonestas, valiéndote de toda la influencia y poder que los dioses te conceden?

CREMES. - Yo cuidaré de eso.

SIRO. - Pero es ahora, señor, cuando más lo has de custodiar...

CREMES. - Así se hará.

SIRO. - (*Completando la frase.*) ... si eres cuerdo; pues ahora a mí me escucha menos y menos cada día.

CREMES. - ¿Y tú? ¿Has hecho algo de lo que traté contigo hace poco? ¿Has hallado algún recurso

que te satisfaga o todavía no?

SIRO. - ¿Aludes al engaño? Sí; acabo de encontrar uno.

CREMES. - ¡Bravo! Y dime: ¿cuál es?

SIRO. - Te lo voy a decir; pero como de una cosa nace otra...

CREMES. - ¿Qué es eso, Siro?

SIRO. - Esa meretriz (*aludiendo a Baquís*) es un pésimo sujeto.

CREMES. - Así parece.

SIRO. - ¡Ah, si supieses!... ¡Bah! Mira qué fechoría está tramando. Vivía aquí una vieja, natural de Corinto, a quien ella había prestado mil dracmas de plata.

CREMES. - ¿Y qué pasó?

SIRO. - Se murió la vieja; dejó una hija jovencita; esta pasó a ella como prenda de aquel dinero.

CREMES. - Comprendo.

SIRO. - La traje acá consigo y es la que se encuentra ahora con tu mujer.

CREMES. - ¿Y qué más?

SIRO. - Le pide a Clinia que le pague ahora esa cantidad de dinero, asegurándole que le entregará en seguida la muchacha. Exige mil monedas ³¹.

CREMES. - Pero ¿las exige de veras?

SIRO. - ¡Huy! ¿Puede haber duda? Yo contaba con que...

CREMES. - ¿Qué piensas hacer ahora?

SIRO. - ¿Yo? Me iré a Menedemo; le diré que esa es una prisionera de Caria, rica y noble; que si la rescata, gana mucho con ella.

CREMES. - Te equivocas.

SIRO. - ¿Por qué?

CREMES. - Ahora te respondo yo por Menedemo: “No te la compro”. ¿Qué harás entonces?

SIRO. - No, dame la respuesta que deseo.

CREMES. - ¿Cómo?

SIRO. - (*Cambiando repentinamente de táctica.*) ¡Ya no es necesario!

CREMES. - ¿Que no es necesario?

SIRO. - A la verdad que no, por Hércules.

CREMES. - Cómo es eso, no lo entiendo. (*Finge retirarse.*)

SIRO. - Ya lo sabrás.

CREMES. - ¡Espera, espera! - ¿Qué pasa que ha sonado tan fuerte la puerta de tu casa? ³²

ACTO IV

ESCENA I

SÓSTRATA, CREMES, CÁNTARA, SIRO

SÓSTRATA. - (*Entrando con Cántara, sin ver al marido.*) Si el corazón no me engaña, este sin duda es el anillo que yo sospecho, aquel con que fue expuesta mi hija.

CREMES. - (*Aparte, a Siro.*) ¿Qué significan esas palabras, Siro?

SÓSTRATA. - (*A Cántara.*) ¿Tú qué dices? ¿Te parece que es este?

CÁNTARA. - Te dije en seguida, no bien me lo mostraste, que era el mismo.

SÓSTRATA. - Suponiendo que lo hayas observado bien, mi nodriza.

³¹ *Mille nummum*. Es el equivalente de las mil dracmas de plata recién mencionadas. *Nummus* en Roma era la unidad monetaria de plata. Mil dracmas, es decir, diez minas, no representaban una gran suma: el precio de un esclavo, por ej., oscilaba entre veinte y sesenta minas.

³² Cf. Del Col, *Terencio: Formión*, p. 38-39.

CÁNTARA. - Lo observé bien.

SÓSTRATA. - Ve en seguida adentro y, si ella ya se ha bañado, ven a avisarme; yo entre tanto aguardaré aquí a mi marido. (*La nodriza entra nuevamente en casa.*)

SIRO. - (*Aparte, a Cremes.*) A ti te busca: averigua qué quiere. No sé por qué está triste; habrá algún motivo; quién sabe de qué se trata.

CREMES. - ¿De qué se trata? - (*Indicando a Sóstrata.*) Ciertamente, por Hércules, que vendrá ella a decirme con gran aparato grandes simplezas.

SÓSTRATA. - (*Viendo a Cremes.*) ¡Oh marido mío!

CREMES. - (*Remedando.*) ¡Oh mujer mía!

SÓSTRATA. - Justamente a ti te estoy buscando.

CREMES. - Di qué quieres.

SÓSTRATA. - Primeramente te ruego no creas que me atreví a obrar contra tus prescripciones.

CREMES. - ¿Quieres que yo te crea eso por más que sea increíble? Y bien, lo creo.

SIRO. - (*Aparte, y refiriéndose a las palabras de Sóstrata.*) Esta disculpa implica alguna culpa.

SÓSTRATA. - ¿Te acuerdas que, estando yo encinta, me dijiste categóricamente que, si daba a luz una niña, no querías reconocerla?³³

CREMES. - Ya sé lo que hiciste: la criaste.

SIRO. - (*Aparte.*) Así ocurrió; por lo tanto yo gané una nueva dueña y mi amo un nuevo daño.

SÓSTRATA. - (*A Cremes.*) De ningún modo. Había aquí una vieja de Corinto, mujer de honesta condición; se la di a ella para que la expusiese.

CREMES. - ¡Oh Júpiter! ¿Puede darse tanta inconsciencia en el ánimo de una persona?

SÓSTRATA. - ¡Desdichada de mí! ¿Qué hice?

CREMES. - ¿Me lo preguntas?

SÓSTRATA. - Si caí en falta, querido Cremes, fue sin darme cuenta.

CREMES. - Esto, sin duda, aunque lo niegues, yo sé con certeza: que lo dices y haces todo sin reflexión y sin precaución, pues en este asunto ostentas una sarta de disparates. Ante todo, en efecto, si hubieras querido cumplir mis órdenes, debías eliminar a la criatura, no fingirla muerta de palabra, mientras en realidad le dabas una esperanza de vida. Pero no hago caso de eso: la compasión, el cariño materno...; en fin, eso lo dejo correr. Pero considera qué bien proveíste a lo que te proponías. Por supuesto, lisa y llanamente entregaste tu hija a esa vieja para que, gracias a ti, o se volviera una mujer de la vida o fuera vendida públicamente como esclava. Debiste de pensar, creo yo: “Todo está bien, con tal que ella viva”. (*Dirigiéndose a sí mismo.*) ¿Cómo se puede tratar con individuos (*Alude a Sóstrata y personas de la misma laya.*) que no reconocen ni observan lo justo, lo bueno, lo razonable? Lo que es mejor o peor, lo que aprovecha o perjudica: nada de eso miran, sino tan solo lo que les place.

SÓSTRATA. - Querido Cremes, me equivoqué, lo confieso; me doy por vencida. Ahora te suplico que, como por la edad tu corazón es más considerado, más indulgente, en tu ecuanimidad haya algún refugio para mi necesidad.

CREMES. - Desde luego, estoy dispuesto a perdonarte lo que has hecho; pero te hago notar, Sóstrata, que mi condescendencia es para ti en muchas cosas mala consejera. De todos modos, dime por qué motivo empezaste este cuento.

SÓSTRATA. - Ya que todas las mujeres somos tontas y perdidamente supersticiosas, cuando le doy la criatura para exponerla, me quito un anillo del dedo y le digo que lo exponga juntamente con ella; así, si la vieja muriera, no se vería privada de parte de nuestros bienes.

CREMES. - (*Con ironía.*) ¡Qué bien! Así pusiste a buen recaudo tu conciencia y su vida

SÓSTRATA. - Este es el anillo.

CREMES. - ¿Cómo vino a tus manos?

³³ *Si puellam párerem, nolle tolli* (v. 627). *Tóllere* = alzar de la tierra a un hijo, expresando así la intención de criarlo y educarlo. Tanto entre los griegos como entre los romanos, los padres tenían plena libertad de criar o no a los hijos que nacían: el recién nacido era puesto en el suelo, y el padre, si lo aceptaba, lo levantaba (*tollebat*) entre los brazos. Caso contrario, el niño era abandonado en un paraje público o también eliminado.

SÓSTRATA. - La jovencita que Baquis trajo consigo...

SIRO. - (*Aparte.*) ¿Eh?

CREMES. - (*Aparte.*) ¿Qué está diciendo?

SÓSTRATA. - (*Continuando.*) ... cuando iba a bañarse, me lo dio para que se lo guardara. En un primer momento, no hice caso; pero luego lo miré, lo reconocí al punto y vine a ti corriendo.

CREMES. - ¿Qué supones tú ahora o qué infieres acerca de la muchacha?

SÓSTRATA. - Yo, nada. Pero se le podría preguntar a ella misma de quién recibió este anillo, si es posible averiguarlo.

SIRO. - (*Aparte.*) ¡Estoy perdido! Veo más esperanza de la que yo quisiera ³⁴. Si es así, es un miembro de nuestra casa.

CREMES. - ¿Vive todavía la vieja a la cual se la habías entregado?

SÓSTRATA. - No sé.

CREMES. - ¿Qué te refirió haber hecho entonces?

SÓSTRATA. - Lo que yo le había mandado.

CREMES. - Dime cuál es el nombre de esa mujer, para que la busquemos.

SÓSTRATA. - Filtera.

SIRO. - (*Aparte.*) Es ella misma. Sin duda la chica está a salvo y yo perdido.

CREMES. - Sóstrata, acompáñame adentro.

SÓSTRATA. - ¡Cómo supera esto mis esperanzas! ¡Qué temor tuve de que fueses ahora, Cremes, tan duro de corazón como entonces cuando se trató de reconocerla por hija! ³⁵

CREMES. - Muchas veces no puede uno ser como quiere: las circunstancias no se lo permiten. Ahora mi condición es tal que deseo una hija; entonces, todo menos eso.

ESCENA II

SIRO

SIRO. - Si el corazón no me engaña, el infortunio no está muy lejos de mí: muy estrechamente se ven ahora acorraladas mis tropas a raíz de ese descubrimiento, si no tomo precauciones para que el viejo no llegue a saber que esa es la amante de su hijo. Pues en cuanto al dinero, no hay para qué tener esperanza ni pretender embaucar al viejo; obtengo un triunfo si logro escabullirme cubriendo mis flancos. Pero me angustia verme arrebatado de las fauces, y tan de repente, un bocado tan grande. ¿Qué haré, o qué tramaré? He de trazar un nuevo plan; nada hay tan difícil que a fuerza de buscarlo no pueda rastrearse. ¿Qué consigo si adopto ahora este medio? - ¡Nada! - ¿Y si adopto este otro? - Lo mismo. - Pero así quizás... - ¡No puede ser! - ¡Sí: es una maravilla! ¡Albricias! ¡Ya tengo un plan magnífico! Por Hércules, creo que hoy, a pesar de todo, forzaré a volver a mi bolsillo ese dinero que pretendía escapárseme.

ESCENA III

CLINIA, SIRO

CLINIA. - (*Aparte.*) En lo sucesivo ya no me puede sobrevenir nada tan grave que me dé pena; tanta, en efecto, es la alegría que acaba de despuntar para mí. Ahora mismo me entrego a mi padre, para ser más prudente de lo que él quiere.

SIRO. - (*Aparte.*) No me había engañado; por lo que le oigo decir a este, la han reconocido. (*Alto, a*

³⁴ Si Antífila es una mujer libre, no se la puede tener como fianza; cf acto III, esc. III (v. 603 y sigs.).

³⁵ Ver p.26, nota 33.

Clinia.) Me alegro de que todo haya ocurrido conforme a tu deseo.

CLINIA. - Oh mi querido Siro, dime, por favor: ¿te has enterado?

SIRO. - ¿Cómo no me iba a enterar, si presencié toda la escena?

CLINIA. - ¿De quién has oído jamás que haya tenido tanta suerte?

SIRO. - De nadie.

CLINIA. - Y así me amen los dioses como es verdad que yo ahora me alegro, no tanto por mí como por ella; porque sé que es digna de toda consideración.

SIRO. - Ya lo creo. Pero, vamos, Clinia: ahora te toca prestarme atención a mí. Porque también hemos de procurar poner a salvo el caso del amigo; no sea que el viejo sospeche que la tal amiga ...

CLINIA, - *(Regocijado.)* ¡Oh, Júpiter!

SIRO. - ¡Quieto!

CLINIA. - ¡Mi Antífila se casará conmigo!

SIRO. - ¿Es esta la manera de interrumpirme?

CLINIA. - ¿Qué quieres que haga, mi Siro? Estoy alborozado; sopórtame.

SIRO. - ¡Vaya si te soporto!

CLINIA. - ¡Es que veo el cielo abierto!

SIRO. - Y yo hablando pierdo tiempo inútilmente, me parece.

CLINIA. - Habla, que te escucho.

SIRO. - Pero no me harás caso.

CLINIA. - Sí, te haré caso.

SIRO. - Pues, como decía, hay que ver, Clinia, de qué modo salvar también la situación de tu amigo. Puesto que si ahora te marchas y dejas aquí a Baquis, el viejo descubrirá al punto que ella es amiga de Clitifón; si en cambio te la llevas, el asunto quedará oculto, así como lo estuvo hasta ahora.

CLINIA. - De acuerdo, Siro, pero no hay nada más contrario a mi casamiento que esa trampa. Pues ¿con qué cara acudiré a mi padre? ¿Comprendes lo que quiero decir?

SIRO. - ¿Cómo no?

CLINIA. - Y bien, ¿qué le diré? ¿Qué excusa sacaré?

SIRO. - Pero no; no quiero que mientas. Cuéntale lisa y llanamente el asunto tal como es.

CLINIA. - ¿Qué dices?

SIRO. - Así te lo mando. Dile que tú la amas y la quieres por esposa, y que la otra es la amiga de Clitifón.

CLINIA. - *(Con ironía.)* Me ordenas una cosa en extremo buena, justa y fácil de hacer; y naturalmente querrás también que consiga ahora de mi padre que mantenga el secreto ante el viejo de ustedes.

SIRO. - Al contrario: que derechamente le exponga todo sin omitir detalle.

CLINIA. - *(Indignado.)* ¿Eh? ¿Estás en tu sano juicio o estás borracho? Así arruinas a Clitifón por completo. Pues, dime: ¿cómo podrá él permanecer a salvo?

SIRO. - Sinceramente yo le otorgo la palma a este proyecto, y me regodeo vivamente por tener en mí tal caudal y poder de astucia que aun diciendo la verdad, los engatuso a los dos; de suerte que cuando su viejo le cuente al nuestro que esa es la amante de su hijo, a pesar de todo no lo creará.

CLINIA. - Sí, pero de esa manera otra vez me quitas toda esperanza de casamiento; pues mientras él crea que esa es mi amiga, no me va a entregar su hija. Tal vez tú, con tal de proveer a los intereses de Clitifón, te cuidas poco de lo que pueda ocurrirme a mí.

SIRO. - ¡Miseria liumana! ¿Piensas que yo quiero se finja eso por un siglo? Se trata de un solo día, hasta que arrebate el dinero. ¡Y se acabó! No hace falta nada más.

CLINIA. - ¿Te alcanza tan poco tiempo? Pero, dime: ¿y si mi padre llega a enterarse de esto?

SIRO. - ¿Y si yo hago caso a los que dicen: “¿Qué pasa si ahora el cielo se derrumba?”

CLINIA. - No sé qué hacer; tengo miedo.

SIRO. - ¿Miedo? Como si no estuviera en tu poder, en el momento que lo quieras, salir del atolladero y descubrir la verdad.

CLINIA. - ¡Bueno, bueno! Tráiganme a Baquis.

SIRO. - Ahí sale ella, muy oportunamente.

ESCENA IV

BAQUIS, CLINIA, SIRO, DROMÓN, FRIGIA

BAQUIS. - (*Aparte, a Frigia.*) Con qué desfachatez, por Pólux, me ha inducido Siro a venir acá con su promesa de darme diez minas. Pero si ahora me ha engañado, será inútil que vuelva varias veces a suplicarme que venga; o mejor aún, después de decirle que vendré y de concertar la cita, y una vez que él se lo haya asegurado a Clitifón, justamente cuando luego se halle ese en suspenso por la espera, lo burlaré y no vendré; Siro me las pagará con sus propias espaldas.

CLINIA. - (*Aparte, a Siro.*) ¡Qué promesas más gentiles te hace!

SIRO. - ¿Y tú crees que está bromeando? Lo hará, si no me pongo en guardia.

BAQUIS. - (*Aparte, a Frigia.*) Están durmiendo; pero, por Pólux, los voy a zamarrear. (*Alto.*) Mi Frigia, ¿has entendido cuál es la casa de campo de Carino según acaba de indicarnos ese hombre?

FRIGIA. - Sí.

BAQUIS. - ¿La que está contigua a esta finca, a mano derecha?

FRIGIA. - Recuerdo.

BAQUIS. - Pues, ve allá a la carrera. Ahí se encuentra el soldado celebrando las Dionisiacas ³⁶...

SIRO. - (*Aparte.*) ¿Qué está maquinando?

BAQUIS. - (*Continuando.*) Dile que a pesar mío me retienen aquí y que soy vigilada, pero que me daré maña para embaucarlos e irme allá. (*Frigia se encamina.*)

SIRO. - (*Aparte.*) ¡Por Hércules, que estoy arruinado! (*Alto.*) ¡Espera, Baquis, espera! ¿Adonde la envías? Mándale que se quede.

BAQUIS. - (*A Frigia.*) Ve.

SIRO. - ¡Pero está listo el dinero!

BAQUIS. - ¡Pero yo me quedo!

SIRO. - Y ahora mismo te será entregado.

BAQUIS. - Como gustes. ¿Acaso te apremio?

SIRO. - Pero ¿sabes qué has de hacer, por favor?

BAQUIS. - ¿Qué?

SIRO. - Has de pasar ahora a casa de Menedemo y llevarte allá todo tu séquito.

BAQUIS. - ¿Qué te propones, criminal?

SIRO. - ¿Yo? Acuñar moneda para pagarte.

BAQUIS. - ¿Crees que merezco ser blanco de tus burlas?

SIRO. - ¡Mira que la cosa va en serio!

BAQUIS. - ¿También ahí tengo yo cuentas contigo?

SIRO. - En absoluto; te devuelvo lo que es tuyo.

BAQUIS. - ¡Vamos!

SIRO. - Haz pasar en seguida allí, a casa de ustedes, a todas las criadas de Baquis.

DROMÓN. - ¿Para qué?

SIRO. - No me lo preguntes. Y que se lleven todo lo que trajeron acá. Con la partida de ellas, el viejo tendrá la esperanza de que sus gastos se han aligerado. Ciertamente no tiene idea del perjuicio que le va a causar este pequeño ahorro. Y tú, Dromón, si tienes seso, nada sabes de lo que sabes.

DROMÓN. - Podrás decir que estoy mudo. (*Dromón, Clinia, Baquis y las criadas entran en la casa de Menedemo.*)

³⁶ Ver p. 13, nota 17.

ESCENA V

CREMES, SIRO

CREMES. - (*Aparte.*) Así me amen los dioses como ahora yo siento lástima de la suerte de Menedemo, es decir, de que le haya caído encima una calamidad tan grande. ¡Tener que alimentar a esa mujer con todo ese séquito de criadas! Aunque sé que por unos días ni siquiera se dará cuenta: ¡tan vehemente era el deseo de recuperar a su hijo! Pero luego cuando advierta que cada día se hacen en casa gastos extraordinarios y que eso no tiene visos de terminar, deseará que su hijo se marche otra vez de casa. (*Viendo llegar a Siro.*) ¡Oh, aquí viene Siro, muy oportunamente!

SIRO. - (*Aparte.*) ¿Por qué no lo enfrento?

CREMES. - ¡Siro!

SIRO. - ¿Eh?

CREMES. - ¿Qué es lo que pasa?

SIRO. - Hace rato que deseaba encontrarme contigo.

CREMES. - Me parece que con el viejo has concertado ya no sé qué.

SIRO. - ¿Acerca de aquello que hace poco...? Practiqué el sistema del “dicho y hecho”.

CREMES. - ¿Palabra de honor?

SIRO. - ¡Pero sí, por Hércules!

CREMES. - No puedo dejar de acariciarte la cabeza ³⁷; acércate, Siro. Te recompensaré, y con mucho gusto, por esa acción.

SIRO. - ¡Oh, si supieras qué bonita astucia se me ocurrió!

CREMES. - ¡Bah!, te jactas de que la cosa haya resultado conforme a tu deseo.

SIRO. - En absoluto, por Hércules; digo la verdad.

CREMES. - Pues, di qué pasa.

SIRO. - Clinia le dijo a Menedemo que esa Baquis era la amiga de tu Clitifón, y que se la había llevado consigo para que tú no te dieras cuenta de ello.

CREMES. - ¡Bien!

SIRO. - Dime, por favor...

CREMES. - Demasiado bien, digo yo.

SIRO. - ¡Ah, y si supieras!... Pero escucha lo que queda de la treta. El mismo Clinia le dice que vio a tu hijo; que no bien la miró, quedó prendado de su hermosura; que la desea como esposa.

CREMES. - ¿A la que ha sido hallada justamente ahora?

SIRO. - A ella misma. Y sin duda mandará pedírtela.

CREMES. - Y eso ¿por qué, Siro? Sinceramente, no entiendo nada.

SIRO. - ¡Oh, qué obtuso eres!

CREMES. - Tal vez.

SIRO. - Se le dará dinero para las bodas, con el que alhajas y ropa... ¿Entiendes?

CREMES. - ... él pueda comprarle.

SIRO. - Eso es.

CREMES. - Pero yo, a mi hija ni se la doy ni se la prometo.

SIRO. - ¿No...? ¿Por qué?

CREMES. - ¿Por qué? ¿Me lo preguntas? A un sujeto...

SIRO. - Como quieras; pero yo no decía que se la dieras para siempre, sino que lo fingieras.

CREMES. - No es mi costumbre fingir. De tal manera mezcla tú esos asuntos tuyos, que no me mezcles a mí. ¿Prometerle yo mi hija a quien no pienso dársela?

SIRO. - Yo creía...

CREMES. - ¡De ningún modo!

³⁷ Gesto de ternura hacia un esclavo, cual no se encuentra casi nunca en la comedia antigua.

SIRO. - Esto podía hacerse hábilmente; y yo lo emprendí porque tú hace poco me habías instado con tanto empeño ³⁸.

CREMES. - Te creo.

SIRO. - Por otra parte, yo hago eso por amor de lo justo y lo bueno.

CREMES. - Y yo lo que más deseo es que procures realizarlo, pero por otro camino.

SIRO. - Está bien. Busquemos algún otro expediente; pero el dinero que, según te dije ³⁹, tu hija le debe a Baquis, hay que devolvérselo ahora. Y tú, por supuesto, no recurrirás a aquello: “¿A mí qué? ¿Acaso me lo dieron a mí? ¿Acaso di la orden? ¿Y podía la vieja aquella dar en prenda a mi hija sin mi consentimiento?” Es cierto, Cremes, lo que se dice: “La más estricta justicia es a menudo la mayor injusticia” ⁴⁰.

CREMES. - No haré yo tal cosa.

SIRO. - No, por cierto; porque si a otros les está permitido, a ti no: todos consideran que estás en una situación opulenta y honesta.

CREMES. - Y bien, yo mismo le llevaré al punto el dinero.

SIRO. - No, más vale que le mandes a tu hijo llevárselo.

CREMES. - ¿Por qué?

SIRO. - Porque sobre él se ha hecho recaer la sospecha de que es su amante.

CREMES. - ¿Y entonces?

SIRO. - Es que si él lo entrega, parecerá más verosímil la cosa; y yo a la vez llevaré a cabo con más facilidad mi proyecto, - (*Viendo llegar a Clitifón.*) Helo ahí, justo él. Vete y trae el dinero.

CREMES. - Ya lo traigo. (*Entra en casa.*)

ESCENA VI

CLITIFÓN, SIRO

CLITIFÓN. - (*Aparte.*) No hay cosa por fácil que sea, que no resulte difícil cuando uno la hace a desgano. Así, ese paseo -nada fatigoso de suyo- me ha postrado. Y ahora lo que más temo -¡pobre de mí!- es que me echen de aquí nuevamente para que no me arrime a Baquis. (*Viendo a Siro.*) ¡Que los dioses y diosas, todos juntos, te maldigan, Siro, con tus inventos e iniciativas! Siempre me vas maquinando enredos a fin de torturarme.

SIRO. - ¡Tú vete de aquí adonde mereces! ¡Qué poco faltó para que tu desvergüenza me arruinara! ⁴¹

CLITIFÓN. - Yo quisiera, por Hércules, que eso hubiera ocurrido: lo tienes bien merecido.

SIRO. - ¿Merecido? ¿Cómo? Me alegra de veras haberte oído hablar así antes de que tengas en tus manos el dinero que estuve a punto de entregarte.

CLITIFÓN. - Pues ¿qué quieres que te diga? Te fuiste, me trajiste la amiga, y no se me permitió tocarla.

SIRO. - Ya no estoy enojado; pero, ¿sabes dónde se encuentra ahora tu querida Baquis?

CLITIFÓN. - ¿Dónde pues?

SIRO. - En casa de Clinia.

CLITIFÓN. - ¡Estoy perdido!

SIRO. - ¡Tranquilo!, que al punto le llevarás el dinero que le has prometido.

CLITIFÓN. - Estás locuaz. ¿De dónde lo saco?

³⁸ Cf el pasaje del act. III, esc. II, hacia el final, en que Cremes le había sugerido a Siro armar la tramoya que luego resultaría perjudicial para él.

³⁹ Alusión a la historia de la jovencita dejada como fianza; historia inventada por Siro a fin de sonsacarle dinero a Cremes (cf acto III, esc. III).

⁴⁰ *Ius summum saepe summa est malitia* (v. 796). El proverbio era: *Summum ius summa iniuria* (cf Cic., *De off.*, I, 10).

⁴¹ Alusión a la libertad que Clitifón se había tomado con Baquis, y que el padre le había reprochado, creyendo que ella fuera la amante de Clinia (cf acto III, esc. III).

SIRO. - De tu padre.

CLITIFÓN. - Tal vez te burlas de mí.

SIRO. - Por los mismos hechos lo juzgarás.

CLITIFÓN. - Realmente soy un individuo afortunado. Te adoro, Siro.

SIRO. - Allí sale tu padre. Guárdate de extrañarte por qué ocurre esto. Secúndame en el momento oportuno. Haz lo que él te mande. Habla poquito.

ESCENA VII

CREMES, CLITIFÓN, SIRO

CREMES. - ¿Dónde está ahora Clitifón?

SIRO. - *(Bajo, a Clitifón.)* Dile: “Heme aquí”.

CLITIFÓN. - *(A Cremes.)* Heme aquí, a tus órdenes.

CREMES. - *(A Siro.)* ¿Le dijiste de qué se trata?

SIRO. - Se lo dije en general.

CREMES. - *(A Clitifón.)* Pues toma este dinero y llévaselo.⁴² *(Clitifón queda perplejo.)*

SIRO. - *(Bajo, a Clitifón.)* ¿Qué haces ahí inmóvil como una piedra? ¿Por ventura no lo tomas?

CLITIFÓN. - ¡Pues dámelo! *(Toma el dinero.)*

SIRO. - Sígueme por acá en seguida. *(A Cremes.)* Tú entre tanto aguardanos aquí, hasta que salgamos, pues no hay motivo para detenernos allí mucho tiempo. *(Sale con Clitifón.)*

CREMES. - *(A solas.)* Ya van diez minas que mi hija tiene de mi parte; hago cuenta de haberlas dado a título de alimentos. Les seguirán otras tantas para su atavío⁴³; y estas reclaman después dos talentos para la dote⁴⁴. ¡Cuántas cosas injustas y torcidas se hacen por convenciones sociales! ¡Ahora que he dejado de lado los negocios, me toca ir a buscar a quien entregarle los bienes que he adquirido con mi trabajo!

ESCENA VIII

MENEDEMO, CREMES

MENEDEMO. - *(A su hijo que está en la casa.)* Ahora yo creo que me he vuelto sin comparación el más afortunado de los mortales, ya que noto, hijo, que has recobrado el juicio.

CREMES. - *(Aparte.)* ¡Cómo se engaña!

MENEDEMO. - *(Viendo a Cremes.)* Precisamente te estaba buscando, Cremes. Ya que de ti depende, sálvanos: a mi hijo y a mí y a toda mi casa.

CREMES. - Di, ¿qué quieres que haga?

MENEDEMO. - Has encontrado hoy a tu hija.

CREMES. - ¿Y bien?

MENEDEMO. - Clinia quiere que se la des por esposa.

CREMES. - Discúlpame: ¿qué tipo de hombre eres?

MENEDEMO. - ¿Cómo?

CREMES. - ¿Ya te has olvidado de lo que conversamos entre nosotros sobre una artimaña, para que

⁴² A Baquis, por supuesto.

⁴³ Es el gasto previsto para las alhajas y las ropas (cf. esc. V).

⁴⁴ En aquellos tiempos, cifra considerable para una dote, según algún autor (como La Magna); modesta, según algún otro (como Arici). Nos parece más acertado el segundo parecer, puesto que en *La Andria*, por ej., se indican diez talentos para la dote (cf. acto V, esc. IV: v. 950).

por ese camino te sonsacaran dinero?

MENEDEMO. - No, me acuerdo.

CREMES. - Pues eso mismo es lo que se está haciendo ahora.

MENEDEMO. - ¿Qué dices, Cremes? Antes al contrario, aquella mujer, que está en mi casa, es la amiga de Clitifón.

CREMES. - Así dicen ellos, y tú te lo crees todo. Y dicen que tu hijo quiere casarse, para que, cuando hayas dado tu consentimiento, des con qué comprar alhajas, ropas y todo lo que hace falta.

MENEDEMO. - Es así ciertamente; todo eso le dará a su amiga.

CREMES. - Por supuesto se lo dará.

MENEDEMO. - ¡Ah, pobre de mí! Conque en vano me he alegrado. Sin embargo, prefiero cualquier cosa antes que perderlo. Y ahora ¿qué respuesta tengo que darle de tu parte, Cremes, para que no se dé cuenta de que yo lo sé todo y no se aflija?

CREMES. - ¿Y no se aflija? Demasiado indulgente eres con él, Menedemo.

MENEDEMO. - Deja; el asunto está empezado; llévalo a cabo, Cremes, por completo.

CREMES. - Dile que has venido a verme, que has hablado de la boda.

MENEDEMO. - Se lo diré. ¿Y qué más?

CREMES. - Que estoy dispuesto a hacerlo todo; que el yerno me gusta: también dile, por fin, si quieres, que ella le queda prometida ...

MENEDEMO. - ¡Oh, eso es lo que yo quería!

CREMES. - ... para que tanto más pronto pueda él pedirte y tú darle lo antes posible lo que deseas darle.

MENEDEMO. - Sí, lo deseo.

CREMES. - En verdad, según veo yo la cosa, te hartarás pronto de él. Pero, como quiera que sea, le darás con cautela y poco a poco, si eres juicioso.

MENEDEMO. - Así lo haré.

CREMES. - (*Señalando la casa de Menedemo.*) Vete adentro, y ve lo que pide. Yo estaré en casa, si en algo me necesitas.

MENEDEMO. - Claro que te necesito, pues todo lo que haga, lo haré estando tú enterado.

ACTO V

ESCENA I

MENEDEMO, CREMES ⁴⁵

MENEDEMO. - (*A solas.*) Bien sé que yo no soy tan astuto ni tan perspicaz que digamos; pero este Cremes, mi colaborador, consejero y guía, me aventaja en una cosa. A mí me cuadra cualquiera de los epítetos que se aplican a un tonto: zoquete, tarugo, burro, pedazo de alcorcho; pero a él no se le puede atribuir nada de eso: su necedad supera todos esos epítetos.

CREMES. - (*En la puerta de su casa y hablando a su mujer que está adentro.*) ¡Hola! Deja ya, mujer, de fastidiar a los dioses a fuerza de darles gracias por el hallazgo de tu hija, a no ser que los juzgues a medida de tu caletre, y así pienses que no entienden nada si no se les repite cien veces la misma cosa.

(*A solas.*) Pero entre tanto, ¿por qué mi hijo se entretiene tanto allá con Siro?

MENEDEMO. - ¿Quiénes son, Cremes, los que dices que se entretienen?

CREMES. - ¡Oh, Menedemo! ¿Estás aquí? Dime: ¿le has comunicado a Clinia lo que te dije?

MENEDEMO. - Sí, todo.

CREMES. - ¿Y qué dice?

⁴⁵ Son los mismos personajes de la escena anterior. Pero, en el intervalo, Menedemo se ha enterado de la verdad, de manera que ahora los papeles de los dos padres están exactamente invertidos.

MENEDEMO. - Empezó a regocijarse así como quienes ansían casarse.
CREMES. - ¡Ja, ja, ja!
MENEDEMO. - ¿De qué te ríes?
CREMES. - Se me vinieron a la mente las artimañas de mi esclavo Siro.
MENEDEMO. - ¿Ah, sí?
CREMES. - Aun llega a moldear los rostros de las personas, ese tunante.
MENEDEMO. - ¿Dices eso porque mi hijo finge estar contento?
CREMES. - Eso es.
MENEDEMO. - Ese mismo pensamiento se me ocurrió también a mí.
CREMES. - ¡Zorro viejo!
MENEDEMO. - Si supieses más, más pensarías que es así.
CREMES. - ¿De veras?
MENEDEMO. - Pero escúchame. (*Hace ademán de retirarse.*)
CREMES. - Quédate. Primero deseo vivamente saber cuánto has perdido; pues no bien le comunicaste a tu hijo que ella le estaba prometida, al punto Dromón -es evidente- te acometió de palabra: que a una novia le hacían falta ropas, joyas y criadas, para que tú le dieses dinero.
MENEDEMO. - No.
CREMES. - ¿Que no?
MENEDEMO. - Te digo que no.
CREMES. - ¿Tampoco tu mismo hijo...?
MENEDEMO. - No en absoluto, Cremes; en una sola cosa insiste más bien: en que el casamiento se realice hoy mismo.
CREMES. - Me cuentas cosas sorprendentes. ¿Y mi Siro? ¿Tampoco él nada...?
MENEDEMO. - Nada.
CREMES. - No me explico por qué.
MENEDEMO. - (*Con ironía.*) Yo en verdad me admiro, porque tú sabes tan perfectamente todo lo demás. Pero ese mismo Siro modeló maravillosamente también el rostro de tu hijo de tal manera que no se trasluzca en lo más mínimo que esa mujer es la amiga de Clinia.
CREMES. - ¿Qué es pues lo que hace?
MENEDEMO. - Dejo de lado besos y abrazos; esto lo considero como nada ...
CREMES. - ¿Qué hay que pueda simularse más?
MENEDEMO. - (*En tono ponderativo.*) ¡Bah!
CREMES. - ¿Pues qué?
MENEDEMO. - Escucha solamente. Yo tengo al fondo de mi casa una pieza que da sobre la fachada posterior. Ahí adentro llevaron una cama y la recubrieron con mantas.
CREMES. - ¿Y qué sucedió, una vez hecho eso?
MENEDEMO. - Dicho y hecho: allá se retiró Clitifón.
CREMES. - ¿Solo?
MENEDEMO. - Solo.
CREMES. - Me siento inquieto.
MENEDEMO. - Al punto lo siguió Baquis.
CREMES. - ¿Sola?
MENEDEMO. - Sola.
CREMES. - ¡Estoy perdido!
MENEDEMO. - Una vez que los dos estuvieron adentro, cerraron la puerta.
CREMES. - (*Indignado.*) ¡Oh! ¿Y Clinia veía hacer eso?
MENEDEMO. - ¿Cómo no? Juntamente conmigo.
CREMES. - Baquis es la amante de mi hijo, Menedemo. ¡Soy hombre muerto!
MENEDEMO. - ¿Por qué?
CREMES. - Tengo caudal familiar apenas para diez días.

MENEDEMO. - ¿Qué? ¿Te inquietas porque ayuda él a su amigo?

CREMES. - Al contrario, porque ayuda a su amiga.

MENEDEMO. - *(Con ironía.)* ¡Si es que lo hace!

CREMES. - ¿Puedes dudar de eso? ¿Crees que haya alguien de ánimo tan complaciente e indulgente como para consentir que en su presencia la amiga ...?

MENEDEMO. - ¡Oh! ¿Cómo no? Para embaucarme a mí más fácilmente.

CREMES. - Te burlas de mí, y tienes razón; ahora estoy irritado conmigo mismo. ¡Cuántos indicios me dieron por los cuales podía yo darme cuenta cabal del asunto, si no fuera un bodoque. ¡Qué cosas he visto! ¡Ay, pobre de mí! Pero, si vivo, no saldrán impunemente con la suya, pues ya ...

MENEDEMO. - ¿No sabes refrenarte? ¿No miras por ti mismo? ¿No te basta mi ejemplo?

CREMES. - La cólera, Menedemo, me saca de quicio.

MENEDEMO. - ¡Tú, hablar de ese modo! ¿No es una vergüenza aconsejar a otros, ser sensato fuera de casa y no poder prestarte ayuda a ti mismo?

CREMES. - ¿Qué he de hacer?

MENEDEMO. - Lo que decías que yo había hecho de un modo insuficiente: haz que él advierta que tú eres padre; haz que se atreva a confiártelo todo, a formularte pedidos y solicitudes, para que no busque otros recursos y te deje ⁴⁶.

CREMES. - Al contrario, yo prefiero mil veces que se vaya adonde quiera antes que se quede aquí y con sus desenfrenos reduzca a su padre a la miseria; pues si sigo proveyendo para sus gastos, es en verdad, Menedemo, una situación que me lleva a agarrar la azada.

MENEDEMO. - ¡Cuántas molestias vas a cosechar en este asunto, si no tomas precauciones! Te mostrarás áspero, después sin embargo le perdonarás, sin que por ello te quede agradecido.

CREMES. - ¡Ah, tú no sabes cuánto sufro!

MENEDEMO. - Haz como te parece. Pero, ¿qué respondes a mi ruego de que ella se case con nuestro muchacho? A no ser que haya algún otro partido que prefieras.

CREMES. - No; tanto el yerno como sus parientes son de mi gusto.

MENEDEMO. - ¿Qué dote le diré a mi hijo que tú has indicado? *(Pausa.)* ¿Por qué te has callado?

CREMES. - ¿Qué dote?

MENEDEMO. - ¡Eso es!

CREMES. - ¡Ah!

MENEDEMO. - Cremes, no te inquietes si es escasa; no nos preocupa en absoluto la dote.

CREMES. - Atendiendo a mi fortuna, he resuelto que dos talentos son suficientes; pero si quieres que nos salvemos yo, mi hijo y mi fortuna, hay que decir que yo le he asignado como dote todos mis bienes.

MENEDEMO. - ¿Qué entiendes hacer?

CREMES. - Simula asombrarte de eso y al mismo tiempo pregúntale a él por qué lo hago.

MENEDEMO. - Pues sinceramente yo no sé por qué lo haces.

CREMES. - ¿Por qué? Para refrenar su ánimo, que ahora nada en la molicie y la lascivia, y reducirlo a tal punto que ya no sepa hacia dónde volverse.

MENEDEMO. - ¿Qué estás haciendo?

CREMES. - Déjame; permíteme obrar a mi gusto en esta cuestión.

MENEDEMO. - ¿Así lo quieres?

CREMES. - Sí.

MENEDEMO. - Está bien.

CREMES. - Y que tu hijo se prepare ya para llevarse a su esposa. *(Menedemo sale. - A solas.)* El mío, como se ha de hacer con los hijos, recibirá una reprensión. En cuanto a Siro, si no me muero, ya lo voy a ataviar y peinar ⁴⁷ de tal modo que se acuerde de mí mientras viva, él que me toma por juguete

⁴⁶ Los mismos consejos que Cremes le había dado a Menedemo: cf acto I, esc. I. Menedemo se sirve con garbo de algunas expresiones empleadas por Cremes.

y solaz suyo. Así me amen los dioses como es verdad que no se atrevería a hacer con una mujer viuda lo que ha hecho conmigo.

ESCENA II

CLITIFÓN, MENEDEMO, CREMES, SIRO

CLITIFÓN. - *(Entrando con Menedemo y seguido de Siro, pero sin ver a Cremes.)* Conque, dime, Menedemo, ¿es posible que mi padre en tan breve tiempo haya apartado de mí todo su afecto paternal? ¿Por qué motivo? ¡Pobre de mí! ¿Qué crimen tan grave he cometido yo? Es algo que se hace corrientemente.

MENEDEMO. - Sé que esto es mucho más áspero y gravoso para ti, pues te atañe; pero no menos lo siento yo, si bien desconozco el asunto y no tengo en cuenta sino una cosa: que te quiero de todo corazón.

CLITIFÓN. - Decías que mi padre estaba aquí.

MENEDEMO. - ¡Helo allí! *(Sale.)*

CREMES. - ¿Qué me echas en cara, Clitifón? Todo lo que yo hice fue velar por ti y remediar tu necesidad. Cuando advertí que eras desconsiderado y que atribuías la mayor importancia a lo que te resultaba suave de buenas a primeras, despreocupándote del porvenir, tomé una resolución a fin de que ni pasaras necesidad ni pudieras despilfarrar los bienes que tenemos. Cuando, por culpa tuya, no me fue consentido dártelos a ti, aunque te correspondían en primer término, me fui a tu pariente más próximo; a él se los entregué y confié. Allí, Clitifón, habrá siempre un refugio para tu necesidad; ahí tendrás comida, ropas y donde cobijarte bajo techo.

CLITIFÓN. - ¡Ay de mí!

CREMES. - Es preferible eso a que, siendo tú mismo el heredero, Baquis poseas mis bienes.

SIRO. - *(Aparte.)* ¡Estoy perdido! ¡Miserable de mí, qué embrollos he provocado sin pensar en ello!

CLITIFÓN. - Quiero morir.

CREMES. - Por favor, aprende primero qué es vivir. Cuando lo sepas, si te desagrada la vida, entonces usa ese recurso.

SIRO. - Amo, ¿me está permitido?

CREMES. - Habla.

SIRO. - ¿Pero sin peligro?

CREMES. - Habla.

SIRO. - ¿Qué aberración o qué locura es esa, que una falta que yo cometí, lo perjudique a él?

CREMES. - ¡Se acabó! No te metas; nadie te culpa a ti, Siro; no te procures pues un altar⁴⁸ ni un intercesor.

SIRO. - ¿Qué piensas hacer?

CREMES. - No estoy enojado contigo *(volviéndose hacia Siro)* ni contigo *(volviéndose hacia Clitifón)*; tampoco es justo que ustedes estén enfadados conmigo por lo que hago. *(Sale.)*

SIRO. - ¿Se ha marchado? ¡Bah! Hubiera querido preguntarle ...

CLITIFÓN. - ¿Qué?

SIRO. - *(Continuando.)* adónde había de acudir yo para mi sustento. ¡De tal manera nos ha rechazado! Tú, ya veo, tienes la casa de tu hermana.

CLITIFÓN. - ¡A tal punto, Siro, ha llegado la cosa que aun corro el riesgo de pasar hambre!

SIRO. - Con tal que vivamos, tenemos esperanza ...

⁴⁷ *Depexum*, participio pasivo de *depéctere*, “peinar”. Tanto en latín como en castellano, este verbo se usa metafóricamente, en el lenguaje coloquial, con el sentido de “arreglar cuentas” a alguien.

⁴⁸ El esclavo que cometía alguna falta, solía refugiarse junto a algún altar (y había uno en cada puerta), para defenderse

CLITIFÓN. - ¿Cuál?

SIRO. - (*Continuando.*) ... de que tendremos bastante apetito.

CLITIFÓN. - ¿Bromeas en un asunto tan grave, y no me ayudas para nada con tu consejo?

SIRO. - Al contrario, en eso estoy ahora y en eso he pensado ahora mismo, mientras hablaba tu padre; y por lo que yo puedo entender...

CLITIFÓN. - ¿Qué?

SIRO. - (*Continuando.*) ... no estará demasiado lejos el remedio.

CLITIFÓN. - ¿Cómo pues?

SIRO. - Yo diré lo que pienso; tú decide. Mientras ellos te tuvieron a ti solamente, mientras no tuvieron otra satisfacción que los tocara más de cerca, eran contigo complacientes y dadivosos; ahora, desde que hallaron a su verdadera hija, hallaron un pretexto para echarte de casa.

CLITIFÓN. - Es verosímil.

SIRO. - ¿Acaso crees que él está airado por esta tu falta?

CLITIFÓN. - No creo.

SIRO. - Fíjate ahora en otra cosa: todas las madres suelen amparar a sus hijos cuando faltan y apoyarlos ante la severidad paterna; no es este el caso.

CLITIFÓN. - Tienes razón. Pues, Siro, ¿qué he de hacer ahora?

SIRO. - Pregúntales sobre esta sospecha; pon en claro la cosa. Si no es verdad, al instante los enternecerás a los dos; de lo contrario, conocerás de quién eres hijo.

CLITIFÓN. - El consejo es bueno: eso haré. (*Sale.*)

SIRO. - (*A solas.*) Bastante buena la idea que se me ocurrió; pues cuanto más infundada sea la sospecha que él tiene, tanto más fácilmente hará las paces con su padre según las condiciones que este establezca. Todavía no sé si se va a casar, ¡y sin que para nada se le den las gracias a Siro! (*Siente abrir la puerta.*) Pero, ¿qué es eso? Sale de casa el viejo; yo me escapo. Después de lo que ha pasado, me extraña que no haya ordenado apresarme en seguida. Iré a casa de Menedemo; quiero ponerlo por intercesor, pues de nuestro viejo no me fío en absoluto.

ESCENA III

SÓSTRATA, CREMES

SÓSTRATA. - Hombre, si no procedes con precaución, ciertamente le causarás perjuicio al hijo. Y me admiro, querido esposo, de cómo haya podido acudir a tu mente algo tan absurdo.

CREMES. - ¡Oh! ¿Sigues portándote como mujer? ¡Nunca nada en mi vida quise yo sin que tú, Sós-trata, no me hayas llevado la contra! Y si ahora te preguntara en qué estoy faltando o por qué te estás portando de esa manera, no lo sabrías; entre tanto, en esto te opones con tanta presunción.

SÓSTRATA. - ¿Que no lo sé?

CREMES. - Sí, sí, lo sabes. ¡Con tal de que no empieces de vuelta con la misma discusión!

SÓSTRATA. - ¡Oh! Eres injusto pretendiendo que me calle en un asunto de tanta importancia.

CREMES. - No pretendo tal cosa; habla ya; con todo, haré igualmente como he resuelto.

SÓSTRATA. - ¿Lo harás?

CREMES. - ¡Seguro!

SÓSTRATA. - ¿No ves cuánto mal provocas con eso? El sospecha que es un hijo espurio.

CREMES. - ¿Espurio? ¿Hablas en serio?

del amo, quien, por respeto a la divinidad, no osaba tocarlo. Pero si se quería sacarlo de ese refugio, se acudía al fuego; entonces se consideraba que era un dios quien lo sacaba y no los hombres (*cf* Plauto, *Mostellaria*, 1094 ss.; *Prudens*, 761 ss.).

SÓSTRATA. - Ya lo verás, marido querido.

CREMES. - Pues decláralo.

SÓSTRATA. - ¡Por favor! Deja eso para nuestros enemigos. ¿Declarar yo que no es hijo mío el que lo es?

CREMES. - ¿Qué? ¿Temes acaso no poder demostrar, cuando lo quieras, que ese es hijo tuyo?

SÓSTRATA. - ¿Porque hemos hallado a la hija?⁴⁹

CREMES. - No, sino por una razón más convincente: porque tiene un carácter enteramente semejante al tuyo. Te será fácil probar que ha nacido de ti: se te asemeja perfectamente; no tiene defecto alguno que no se encuentre tal cual en ti; y después, además, ninguna mujer sino tú podría engendrar semejante hijo. - Pero ahí sale, él en persona. ¡Qué ceñudo está! Es cuando se ve la cosa, que se puede juzgar.

ESCENA IV

CLITIFÓN, SÓSTRATA, CREMES

CLITIFÓN. - (*A Sóstrata.*) Si hubo algún tiempo, madre, en que yo formaba tu alegría, siendo llamado hijo tuyo porque ustedes lo quisieron, te suplico que te acuerdes de entonces, y te apiades ahora de mí que estoy en aprieto. Lo que pido, o más bien lo que quiero, es que me indiques quiénes son mis padres.

SÓSTRATA. - Por favor, hijo mío, no te metas en la cabeza que eres un extraño para nosotros.

CLITIFÓN. - Lo soy.

SÓSTRATA. - ¡Desdichada de mí! ¡Que hayas podido hacerme tal pregunta! ¡Por favor! ¡Puedas tú sobrevivirnos a mí y a este (*señalando a Cremes*), como es cierto que eres hijo mío y suyo! Y en lo sucesivo, si me quieres, procura que nunca más oiga yo de tus labios palabra semejante.

CREMES. - En cuanto a mí, si me temes, procura que ya no perciba en ti esas maneras de ser.

CLITIFÓN. - ¿Cuáles?

CREMES. - Si quieres saberlas, yo te las diré: eres tonto, holgazán, enredador, tragón, juerguista, derrochador. Créeme, y cree también que eres hijo nuestro.

CLITIFÓN. - No son éstas palabras de un padre.

CREMES. - Aunque hubieras nacido de mi cabeza, como dicen que Minerva nació de la de Júpiter, no por eso soportaría mejor, Clitifón, que me deshonres con tus infamias.

SÓSTRATA. - ¡Que los dioses impidan eso!

CREMES. - Los dioses, no sé; pero yo, hasta donde pueda, lo impediré cuidadosamente. Buscas lo que tienes: padres; no buscas lo que te falta: cómo complacer a tu padre y conservar lo que él adquirió con su trabajo; no ponerme ante los ojos, valiéndote de tramoyas, a una ... Me da vergüenza soltar una palabra indecente estando tu madre presente; tú, en cambio, no tuviste la menor vergüenza de cometer tal vileza.

CLITIFÓN. - (*Aparte.*) ¡Ay de mí! ¡Cómo me disgusta ahora totalmente mi conducta! ¡Qué avergonzado estoy! Y no sé por dónde empezar para aplacarlo.

⁴⁹ El nexa entre este pensamiento y el anterior no es claro. Casi todos los editores modernos piensan que se trata de una interpolación. El sentido parece ser este: "El hecho de que hayamos encontrado a la hija demuestra que yo no soy estéril; y por lo tanto Clitifón no tiene razón en creer que es un hijo espurio" (La Magna 1964, p. 113, nota 2). Otras interpretaciones:

- Sóstrata quiere decir: "¿Pretendes que yo pueda autenticar la identidad de nuestro hijo, por el hecho de que he sido capaz de hallar a nuestra hija?" (Marouzeau, II, p. 91, nota 3).

- "¿Dices, Cremes, que me será fácil demostrar la identidad de mi hijo porque también supe demostrar que su hermana era hija mía aunque tanto tiempo perdida?" (Rubio, II, p. 108, nota).

ESCENA V

MENEDEMO, CREMES, SÓSTRATA, CLITIFÓN

MENEDEMO. - (*Volviendo, aparte.*) En realidad, Cremes está torturando al muchacho con demasiada aspereza y crueldad; salgo pues para concertar entre ellos la paz. Muy oportunamente los veo.

CREMES. - ¡Hola, Menedemo! ¿Por qué no mandas buscar a mi hija y ratificas la cifra de la dote que yo dije?

SÓSTRATA. - Mi querido esposo, te conjuro que no hagas eso.

CLITIFÓN. - Padre, te suplico que me disculpes.

MENEDEMO. - Concédeme la gracia, Cremes. Hazme este favor.

CREMES. - ¿Que yo a sabiendas obsequie mis bienes a Baquis? No lo haré.

MENEDEMO. - Pero nosotros tampoco vamos a permitirlo.

CLITIFÓN. - Padre, si quieres que yo viva, perdóname.

SÓSTRATA. - ¡Vamos, Cremes de mi alma!

MENEDEMO. - ¡Vamos, por favor, no seas tan terco, Cremes!

CREMES. - ¿Qué voy a hacer? Ya veo que no puedo cumplir lo que me proponía.

MENEDEMO. - Haces como es conveniente que tú hagas.

CREMES. - Pero lo haré con esta condición: que él haga lo que yo estimo justo.

CLITIFÓN. - Padre, haré cualquier cosa; manda.

CREMES. - Que te cases.

CLITIFÓN. - ¡Padre!...

CREMES. - ¡No oigo nada!

SÓSTRATA. - Yo me encargo; lo hará.

CREMES. - Pero a él no le oigo decir nada todavía.

CLITIFÓN. - (*Aparte.*) ¡Estoy perdido!

SÓSTRATA. - ¿Vacilas acaso, Clitifón?

CREMES. - Pues haga lo que quiera.

SÓSTRATA. - Lo hará todo.

MENEDEMO. - (*A Clitifón.*) Estas cosas son molestas cuando se empiezan y mientras no se conocen; una vez conocidas por experiencia, resultan fáciles.

CLITIFÓN. - Lo haré, padre.

SÓSTRATA. - Hijo mío, yo te daré, por Pólux, una mujer graciosa a quien amarás de buena gana: la hija de nuestro amigo Fanócrates.

CLITIFÓN. - ¿Esa muchacha pelirroja, de ojos garzos, con el rostro salpicado de pecas y la nariz encorvada? ¡No puedo, padre!

CREMES. - ¡Vaya! ¡Qué refinado! ¡Se creería que entiende de estas cosas!

SÓSTRATA. - Te daré otra.

CLITIFÓN. - ¿Qué hacer? Ya que he de casarme, yo mismo tengo ya casi la que quiero.

CREMES. - Ahora sí, te alabo, hijo mío.

CLITIFÓN. - La hija de Arcónides.

SÓSTRATA. - Me agrada mucho.

CLITIFÓN. - Padre, falta ahora una cosa...

CREMES. - ¿Cuál?

CLITIFÓN. - Quiero que le perdones a Siro cuanto ha hecho por amor mío.

CREMES. - De acuerdo.

EL CANTOR. - (*A los espectadores.*) Ustedes, ¡que les vaya bien, y aplaudan!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ⁵⁰

COROMINES Joan - COROMINES Pere, *P. Terenci Áfer, Comèdies*, vol. I (*Andria- El botxí de si mateix*), Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1936.

CHAMBRY Emile, *Térence, Comédies*, t. II (*L'Heautontimorumenos - Phormion -Les Adelpes*), Paris, Garnier Frères, 1948.

DEL COL José Juan, *Terencio: Formión*, en *Cuadernos del Instituto Superior "Juan XXIII"* 6 (1984).

DEL COL José Juan, *Terencio: La suegra*, en *Cuadernos del Instituto Superior "Juan XXIII"* 7 (1984).

DEL COL José Juan, *Terencio: La andria*, en *Cuadernos del Instituto Superior "Juan XXIII"* 12 (1992).

DEL COL José Juan, *Terencio: Los hermanos*, en *Cuadernos del Instituto Superior "Juan XXIII"* 16 (1994).

Documentos del Vaticano II: Gaudium et spes, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, MCMLXXVIII (XXXII ed.).

DUCKWORTH George E., *The Complete Roman Drama*, vol. II, New York, Random House, 1967 (VIII impr.)

LA MAGNA Giovanni, *Publio Terenzio Afro: Heautontimorumenos*, Milán, Carlo Signorelli, 1950 (reimpr.)

LA MAGNA Giovanni, *P. Terenzio Afro: Il punitore di sé stesso (Heautontimorúmenos)*, Milán, Carlo Signorelli, 1964 (reimpr.).

MAROUZEAU J., *Térence, t. II (Heautontimorumenos - Phormion)*, París, «Les Belles Lettres», 1956.

RADICE Betty, *Terence, The Comedies*, Bungay (Suffolk), Richard Clay (The Chaucer Press), 1976.

RONCONI Alessandro, *Terenzio, Le Commedie*, Florencia, Felice Le Monnier, 1960.

RUBIO Lisardo, *P. Terencio Afro, Comedias*, vol. I (*La Andriana -El Eunuco*), Barcelona, Alma Mater, MCMLVII.

RUBIO Lisardo, *P. Terencio Afro, Comedias*, vol. II (*El Eautontimorúmenos-Formión*), Barcelona, Alma Mater, MCMLXI.

SERAFINI Augusto, *Storia della Letteratura Latina*, Turín, Società Editrice Internazionale, 1962 (reimpr.).

⁵⁰ Se señalan tan solo las obras citadas. Para una bibliografía más amplia sobre Terencio y su teatro, remitimos a nuestro estudio "*Los hermanos*" de Terencio, p. 21 -22.